

LA LOCURA DE SELENE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

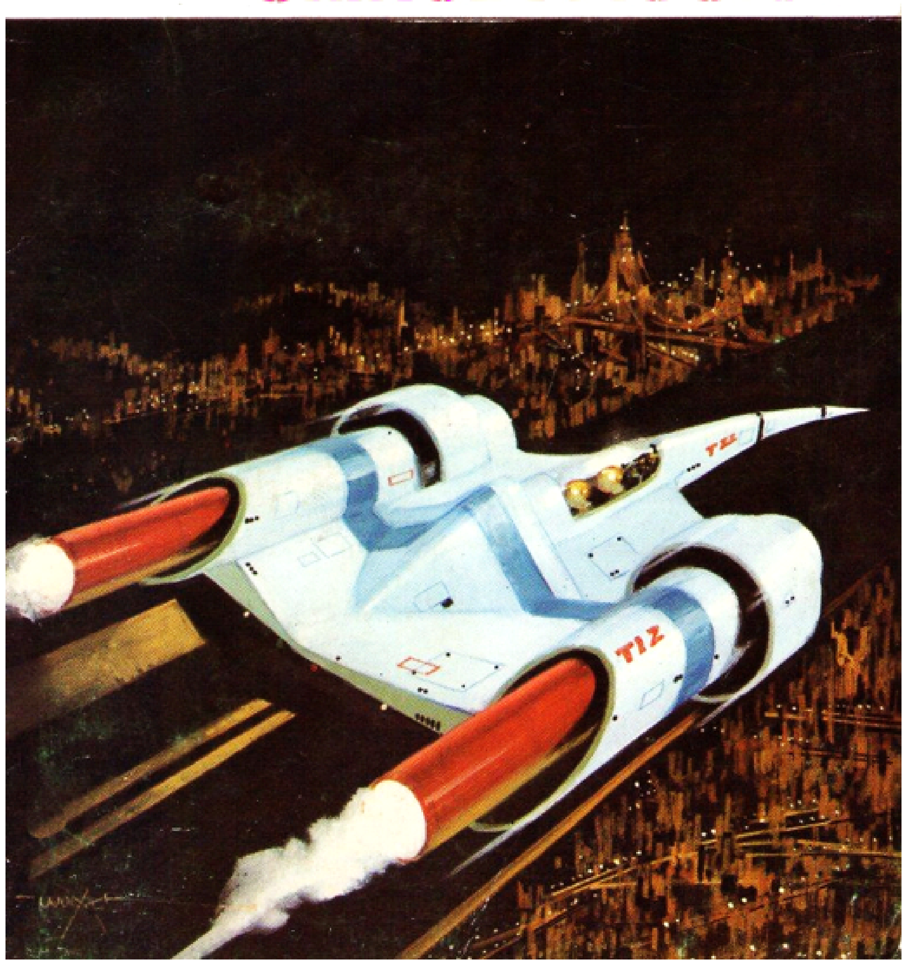
BOLSILIBROS BRUGUERA

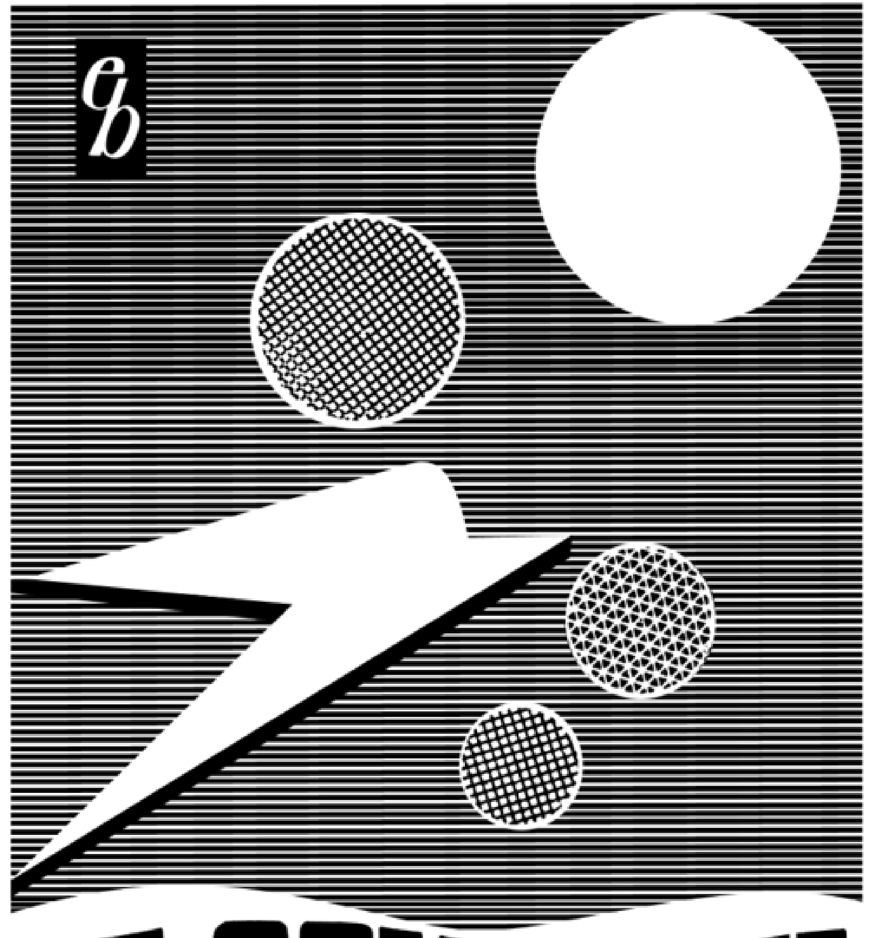
la conquista del ESPACIO

LA LOCURA DE SELENE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

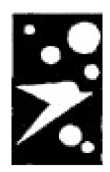
RALPH BARBY

LA LOCURA DE SELENE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 406

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS
PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

401 — Aventureros en el planetoide - *Ralph Barby*

402 — El dictador del espacio - *Marcus Sidereo*

403 — Cazadores de cerebros - *Clark Carrados*

404 — La invasión de los mutantes - *Joseph Berna*

405 — Torre de Babel II - *Glenn Parrish*

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 10.008 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1978

Todos los personajes

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Sthenos Xacman, a bordo de su atom-hover-craft, se desplazaba a través de la megápolis.

La tarde moría y podían verse las columnas de humo que emergían de los edificios siniestrados que ahora semejaban enormes y gigantescas chimeneas. Muchos de ellos eran edificios antiguos de los siglos XX y XXI, edificios arquitectónicamente atrevidos en su estilo y que ahora se contemplaban más como joyas del pasado. Su funcionalidad resultaba dudosa, máxime cuando la mayoría de las edificaciones eran subterráneas.

Incendios aquí y allá… Vehículos que, lanzados a velocidades de vértigo y sin ser controlados adecuadamente, se estrellaban contra los muros y se convertían en bolas de fuego blanco. Después, nada, quizá algo de cenizas y metales derretidos.

Cada día, desde que nacía hasta que moría, la megápolis se deterioraba más y más.

Estaban abocados al caos absoluto, al apocalipsis de todo el planeta.

Brasilia, capital de la Confederación Terrestre, no era la única en sufrir aquella degradación progresiva a causa de la gran locura colectiva. Todas las ciudades del planeta padecían idéntico mal. La locura era como una pandemia que se extendía por el globo, desde la cumbre de las cordilleras más elevadas hasta los propios océanos. Muchos buques habían sido hundidos por sus tripulantes, presos de aquella locura devastadora.

El resto de las megápolis, ciudades, pueblos y aldeas, acusaban en todo el planeta similar deterioro por siniestras provocados por la población. La locura se apoderaba progresiva e inevitablemente de todos los seres humanos sin importar su sexo ni edad. Y los que no se sentían enloquecidos aún, se ocultaban en los lugares más dispares, desde el interior de casas abandonadas y ya en ruinas, hasta en los bosques y cuevas. Buscaban salvarse, la locura que sufría la humanidad terrícola era agresiva y destructora.

Toda clase de servicios civiles y militares habían sido

abandonados; no había suministro eléctrico, de gas ni recogida de detritos. Montañas de basura podían verse en todas las calles y las ratas se convertían en terrorífica plaga que nadie combatía.

Ya nadie enterraba a los muertos a menos que alguien se apiadara de un familiar muy allegado y en mitad de la noche se atreviera a sepultarlo, ya fuera en un parque público o en el jardín de su casa particular.

En los propios cementerios, las tumbas habían sido violadas y los restos humanos se esparcían desordenadamente. Había un morbo muy especial en muchos de los enloquecidos y, riendo, invitaban a los muertos a danzar con ellos. Dantesco era un adjetivo demasiado suave para calificar lo que estaba ocurriendo en el planeta Tierra.

Los cadáveres, mezclados con la basura y las ratas encima, era una de las imágenes que más desagradaban a Sthenos Xacman, que sabía muy bien que no debía detenerse en según qué lugares y muchos menos, ante un grupo de personas, pues sería atacado de inmediato.

Existía una extraña clarividencia en los dementes para identificar a quien aún no formaba parte de su mundo y el que todavía no había caído en el contagio irreversible de la locura, era considerado como un enemigo y atacado hasta el linchamiento; lo que no era óbice para que, entre los propios locos, formando grupo. se enzarzaran en violentas peleas que terminaban con un buen número de muertos.

Aquel proceso de demencia agresiva y degradante parecía iba a llevarles al término de la civilización terrícola, pues ningún lugar del planeta escapaba al cáncer que había abocado a los humanos a una vida animal.

No había tri-televisión, radio ni periódicos, nada que precisara organización y los alimentos escaseaban de tal forma que los casos de antropofagia (que nadie podía investigar porque la policía tampoco existía) menudeaban.

Lamentable no era la palabra justa; la situación resultaba horripilante.

Sthenos Xacman no acertaba a comprender cómo había comenzado aquella degradación en una civilización que había presumido de superevolucionada.

Se había distraído unos instantes cuando otro vehículo se

acercaba a él, lanzado a una velocidad vertiginosa. Si no hacía nada para evitarlo, en breves segundos iban a chocar, con tal violencia que de ambos vehículos sólo quedarían las cenizas.

Evidentemente, quien se le echaba encima era uno o varios locos que querían destruirle a él destruyéndose a sí mismos, lo cual era lo que menos parecía importar a aquellos enfermos de la mente.

Sthenos Xacman realizó un forzado, peligroso y brusco viraje hacia su derecha. Hizo relampaguear el faro de su atom-hover-craft para cegar a quienes se le venían encima y al mismo tiempo, volvió a girar hacia la izquierda, cambiando el rumbo cuando ya iban a alcanzarle.

El vehículo en el que viajaban cuando menos cuatro seres enloquecidos que reían y gritaban pasó rozándole, sacando chispas a la plancha del vehículo de Sthenos. Después, como incapaces de controlarlo, se salieron de la avenida y un poco más lejos, metidos ya en un jardín, se estrellaron contra un añoso y robusto eucalipto, alto y esbelto, que quedó convertido en una gigantesca lengua de fuego que hirió el cielo que había oscurecido rápidamente.

Sthenos Xacman detuvo su atom-hover-craft que circulaba a medio metro del suelo gracias al colchón antimagnético que se formaba por debajo de él, un descubrimiento que había dejado a las ruedas fuera de utilización.

Los primitivos hover-craft descubiertos en el siglo XX se elevaban sobre el suelo gracias a un colchón de aire; después, el descubrimiento fue mucho más positivo y efectivo al utilizar el rechazo magnético, es decir, el antimagnetismo que compensaba la atracción gravitatoria.

La llamarada que acababa de envolver al erguido eucalipto contra cuyo tronco se había estrellado el vehículo de los locos se podía ver a distancia por el fuego que lo envolvía, un fuego más en una noche que prometía seguir siendo caótica. Al día siguiente, nadie se preocuparía de contar los muertos, nadie buscaría a los desaparecidos. Cada cual se preocupaba de sí mismo si seguía formando parte del mundo de los cuerdos.

Reanudó la marcha sin acelerar, pensativo. Cuatro vidas habían sido segadas por la locura hacía breves instantes y si no eran cinco se debía a su gran pericia en el manejo del vehículo propulsado por energía nuclear.

A la derecha de la amplia y larga avenida unas luces serpenteantes llamaron su atención. Se movían como poseedoras de vida propia. Le llamaron la atención porque en toda la ciudad no había luz, ni en farolas ni edificios.

Las factorías productoras de energía eléctrica habían dejado de funcionar; algunas de ellas habían sido destruidas por la muchedumbre enloquecida, aunque se sabía que algunos cuerdos poseían productores de energía propia a base de pilas atómicas domésticas y transformadores de luz solar, mas éstos procuraban no hacerse ver para no ser atacados y si en alguna parte se utilizaban luces en la noche, aparte de los vehículos que solían desplazarse casi siempre a gran velocidad para no ser interceptados, mantenían puertas y ventanas herméticamente cerradas.

A Sthenos Xacman le sorprendió aquella luz serpenteante que resultó compuesta por docenas de antorchas que chisporroteaban. Si el grupo estaba compuesto por locos, era muy extraño, ya que éstos no acostumbraban a realizar ninguna acción con orden. Eran gregarios pero casi siempre formando turbas vociferantes y destructoras en medio de una hilaridad que se contagiaba de unos a otros rápidamente.

Dirigió el objetivo de la telecámara con que iba provisto su vehículo en dirección a la procesión de antorchas. De inmediato pudo ver en la pequeña pantalla del salpicadero a los seres que componían el grupo que avanzaba caminando.

Xacman escrutó los rostros de los locos gracias al teleobjetivo. Cantaban enfática, casi histéricamente muchos de ellos. Bastaba ver sus caras para darse cuenta de que estaban irremisiblemente psicopáticos, víctimas de la locura que todo lo invadía.

Iba a proseguir camino cuando en la pantalla descubrió algo que reclamó su atención.

Sobre dos largos tubos metálicos, llevados a hombros, iba sujeta una butaca que tenía aspecto de trono, ocupada por una mujer joven de largos cabellos blanco dorados. Tenía los antebrazos sujetos a los reposabrazos de la butaca, de forma que no podía escapar pese a que se esforzaba por conseguirlo.

En su rostro había angustia, desesperación, mas no era la cara de una loca. Sthenos comprendió de inmediato su tragedia.

Debía haber sido capturada y ahora sería sacrificada como

ofrenda a algún dios resurgido en sus mentes desde lo más recóndito de sus memorias genéticas. Era como regresar al pasado, como volver a las ceremonias de sangre para agradar a un supuesto dios o aplacar sus iras.

Rituales trágicos desaparecidos hacía ya siglos y que en aquellos momentos de locura colectiva resucitaban, como si los hombres del planeta Tierra renegaran ya de su avanzada civilización y volvieran a sentirse insignificantes, buscando a los dioses para refugiarse en ellos como niños que necesitan a sus padres porque tienen miedo.

Xacman no podía contemplar impávido aquel sacrificio humano que iba a tener lugar dentro de pocos minutos. Decidió actuar, tenía que hacerlo por su cuenta, ya que no había policía alguna que pudiera intervenir. Cada cual debía resolver sus propios problemas dentro de aquella situación caótica.

Quitó todas las luces de su vehículo y siguió avanzando lenta y silenciosamente hasta meter el atom-hover-craft entre unos setos. Allí lo detuvo y el vehículo descendió ¡hasta posar su vientre plano y liso sobre la hierba. Se sujeto bien el casco protector, bajó la visera y tomó su flash-fusil provisto de mira teleobjetiva e infrarroja. Se proveyó de una afilada navaja automática y abandonó el aparato.

Avanzó rápido entre los setos en dirección a la marcha procesional.

Aquellos locos se detuvieron al pie de una farola gigante de cinco brazos que se hallaba a oscuras como las demás y en medio de gritos y rezos ininteligibles, comenzaron a apiñar leña alrededor de la farola, como si ésta fuera algo especial y con el sacrificio de su víctima volviera a iluminarse.

La provisión de leña ya no dejaba lugar a dudas de cuál iba a ser el fin de la muchacha sujetada a la butaca que fue bajada hasta el suelo. Sthenos Xacman podía oír claramente los gritos de la joven que rodeada por aquellas mentes enfermas era liberada para ser desnudada y vestida luego con una túnica blanca.

Sthenos resolvió entrar en acción. No solía meterse con los grupos de dementes, pero tenía que salvar a aquella muchacha de morir quemada viva. Sabía bien que con aquellos seres que antes habían sido tan cuerdos como él, no valían absolutamente para nada los razonamientos. Tenía que actuar y eso era todo, si es que conseguía escapar con vida de aquel lugar iluminado por las


antorchas.

Apuntó a la base de la farola que emergía entre las ramas allí acumuladas, arrancadas del jardín público que nadie cuidaba.

Brotó el relámpago del fusil y la farola tembló antes de doblarse y venirse abajo en medio de un alarido de decepción lanzado por varias docenas de gargantas.

La farola, al caer, alcanzó a varios de aquellos seres que cayeron al suelo atrapados, heridos y chillando, mas nadie se preocupó de ellos.

La primera en volverse y descubrir al hombre que ocultaba su cabeza dentro del yelmo protector fue la propia joven que gritó:

—¡Auxilio, sálveme!

Los locos también se volvieron hacia Sthenos. De súbito, uno de ellos profirió un feroz alarido y se lanzó llevando en su mano un hacha impresionante.

Sthenos Xacman no dudó en oprimir el botón de disparo. Brotó el rayo apenas visible, como una línea recta y rojiza que dio de lleno en el cuerpo del loco, que se inflamó y consumió sin tiempo para gritar. La hoja del hacha llegó a tomarse blanca del calor. Los demás tuvieron un impulso de terror, retrocediendo un par de pasos.

—¡Vamos, ven conmigo! —gritó Xacman a la muchacha, que se zafó de los locos que habían pretendido quemarla viva.

Los locos, asimilando el miedo, reaccionaron. Vociferantes, fueron tras la víctima escogida para su demencial y sangrienta ofrenda a la farola de cinco brazos.

Sthenos Xacman disparó de nuevo sobre los locos asesinos y el rayo que brotó del flash-fusil los fue barriendo, envolviéndolos en fuego, incinerándolos, mientras unos corrían en una dirección y otros en otra… El griterío era ensordecedor y espeluznante.

Xacman tampoco quiso eliminar al mayor número posible de ellos, sino sólo a los más agresivos y peligrosos que habían estado a punto de alcanzar a la muchacha, que cayó al suelo y por encima de ella pasó el rayo destructor del láser infrarrojo.

Las pupilas verdosas de la joven brillaban de espanto al ver retorcerse aquellos cuerpos que semejaban deformes, los cuerpos de

los que habían pretendido ser sus verdugos.

—¡Vamos, arriba, arriba! —le apremió Sthenos.

Sus ojos, negros como la noche misma, se mantenían vigilantes. La muchacha corrió junto a él. De cuando en cuando, el hombre se volvía para hacer algún disparo que amedrentaba a los locos que habían quedado vivos mientras a su alrededor hedía a carne quemada.

—¡Al carro, al carro! —volvió a gritar Sthenos, señalándole el atom-hover-craft que se hallaba entre los arbustos.

La muchacha saltó a su interior y el hombre hizo lo propio. Cerró la portezuela cuando justo conseguían saltar sobre ellos tres de los locos que intentaron abrir las puertas. Sthenos ya no podía usar su flash-fusil y la joven, mirando hacia las ventanillas, se estremeció de terror ante los rostros que vociferaban y los puños que golpeaban los cristales tratando de romperlos.

—No temas, no podrán hacernos nada.

Sthenos elevó el «carro», como él lo llamaba; maniobró saliendo de los arbustos mientras los tres psicópatas continuaban cogidos al vehículo sin pretender soltarse.

Sthenos Xacman se dirigió a la gran avenida que cruzaba la megápolis de parte a parte y aumentó la velocidad, de tal forma que los tres locos sintieron el violentísimo roce del aire contra sus cuerpos, sin poder sujetarse bien.

—¡No se van!

Aumentó la velocidad y pudieron oír un primer alarido. Tras ellos, un cuerpo salió volando, perdiéndose en la noche. Quedó tendido en la avenida, arrancado por la gran velocidad de encima del vehículo de superficies lisas y aerodinámicas.

Fue inútil que las otras manos pretendieran sujetarse; no lo consiguieron, se desprendieron de la carrocería como hojas muertas de las ramas al tratar de resistir la fuerza del aire.

—Ya no los tenemos.

—¡Qué horror! —suspiró la muchacha por primera vez, relajándose, estirando sus piernas hacia delante y recostando su bello cuerpo en el respaldo. Había escapado a una muerte terrible.

—¿Adónde te llevo?

—Al infierno —respondió casi en un murmullo.

—¿No tienes a nadie?

—No, a nadie. Mi hermana murió hace dos semanas; yo pude escapar y he permanecido escondida, pero tenía hambre, mucha hambre y no me atrevía a devorar cadáveres.

—Los locos lo hacen.

—Sí, como perros, es horrible. ¿Cuándo acabará todo esto, cuándo acabará?

—Cuando todo esté destruido o ya no quede nadie cuerdo. Tendrás hambre, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Aquí no tengo comida, te llevaré conmigo y pronto comerás.

—De no acuciarme el hambre, no habría salido de mi escondrijo en el edificio en que vivía. Me descubrieron y me persiguieron hasta darme alcance. Creí que me iban a linchar allí mismo, lo he visto hacer en otras ocasiones. Tengo unos prismáticos muy potentes, es decir, tenía, y desde una ventana buscaba desesperadamente un lugar al que dirigirme para escapar y pude ver cosas horribles.

—La humanidad está desquiciada, no hay orden de ninguna clase. No hay servicios ni abastecimientos. Algunos cuerdos han huido a los grandes bosques y selvas para escapar a la locura de los demás y buscan la supervivencia a base de la caza.

—¿Y escapan a la locura?

—No —respondió Sthenos que vigilaba la conducción mientras el ojo luminoso de su vehículo barría la noche—. Desgraciadamente, no, aunque todos no se contagian de la locura a la misma velocidad, eso está constatado.

—¿Algunos podemos ser inmunes a la locura?

—No, por lo que yo sé. Nadie es inmune, todos estamos expuestos. Un científico me dijo que todos terminaríamos locos, que nadie se salvaría.

—¿Y lo crees?

—Le vi volverse loco a él, presencié su transformación que fue rápida, espontánea. Sus ojos cambiaron, su faz entera cambió; por unos instantes comprendí que él se daba cuenta de lo que le estaba ocurriendo, e que era víctima de esta maldita plaga que acabará con todos. Unos minutos después, ya éramos dos desconocidos, más que desconocidos nos vimos como enemigos. Ya sabes cómo atacan los locos a los cuerdos, es terrible. Tuve que huir para no verme obligado a matarlo, había sido mi amigo.

La muchacha, de cuando en cuando, miraba de reojo a Sthenos, cuya cabeza seguía cubierta por el yelmo protector. Ignoraba cómo era en realidad.

—Me llamo Helga. ¿Y tú?

—Sthenos Xacman.

—De acuerdo, Sthenos. ¿Cuándo dices que tendremos comida?

—Voy a reunirme con unos amigos.

—¿Cuerdos?

—Sí, claro, si no, no serían amigos. Ellos poseen un almacén de emergencia repleto de víveres.

—Qué bueno.

—Pero no llegaremos a reunimos con ellos hasta mañana. Este «carro» no es una nave aérea.

—Sé que fueron destruidas, que no hay naves.

—Sí que hay, están escondidas. No hay seguridad para entregarlas a quienes puedan pilotarlas. ¿Y si se vuelven locos mientras despegan? Sería catastrófico, algunas naves van bien armadas.

—Es cierto, podrían destruir megápolis enteras. Todo esto es terrible y quizá sería mejor reventar el planeta, que saltara ya hecho añicos para que todo terminara de una vez.

—Hace algo más de un siglo y medio padecimos en este planeta el primer brote de locura colectiva, todas las videotecas históricas relatan lo ocurrido. El hombre no estaba preparado para la tecnología

que iba absorbiendo, el tiempo de ocio que le quedaba ni las crisis mundiales. En realidad, no fue ése el primer brote de demencia general, ha habido otros a lo largo de nuestra historia. Creo que hubo uno en la amanecida del año mil uno y también en el siglo XIV, cuando más de la mitad de la población mundial fue víctima de la peste y se extendió la creencia de que aquélla significaba el fin del mundo. La locura se contagia con facilidad, pero jamás, que se sepa, ha habido una plaga semejante a la actual.

—¿Se debe a algún virus, a alguna bacteria?

—No se sabe. Han extirpado cerebros que han sido estudiados metódicamente y no ha habido forma de aclarar los motivos de esta demencia que arrasa el planeta.

Dejaron la megápolis atrás y salieron a una gran autopista de casi doscientos pasos de anchura, asfaltada de tal forma que la antigravitación resultaba perfecta y el motor rendía al máximo con el mínimo de consumo de la pila atómica que lo propulsaba.

Ya no se veía nada. La luna aún no había salido y atrás quedaban los fuegos de cada noche. Parecía imposible que aún quedara algo por quemar, por destruir, cuando las hordas de locos gregarios recorrían las calles buscando y esparciendo muerte.

Llevaban algo más de una hora circulando, alejándose de la gran megápolis a quinientas millas por hora, cuando Sthenos Xacman al mirar a la muchacha la vio con los ojos cerrados y acusando unas ligeras contracciones en el cuerpo.

—¿Te duele el estómago?

—Un poco, pero trataré de aguantar.

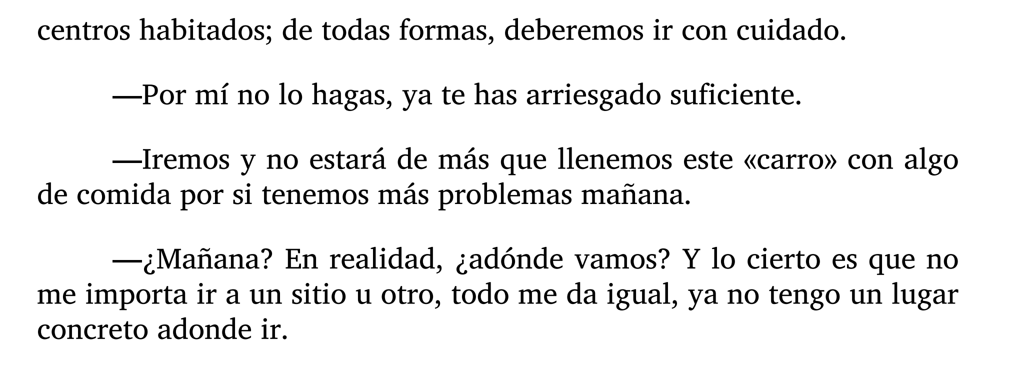
—Veremos qué se puede hacer... A no mucha distancia de aquí hay un lugar.

—¿Qué clase de lugar?

—Era una residencia vacacional, un hotel gigante para dos mil plazas. Podemos acércanos, a ver si encontramos comida en sus frigoríficos si es que funcionan.

—¿Habrá alguien allá?

—No lo sé, es posible que no. Estamos demasiado lejos de los



centros habitados; de todas formas, deberemos ir con cuidado.

—Por mí no lo hagas, ya te has arriesgado suficiente.

—Iremos y no estará de más que llenemos este «carro» con algo de comida por si tenemos más problemas mañana.

—¿Mañana? En realidad, ¿adónde vamos? Y lo cierto es que no me importa ir a un sitio u otro, todo me da igual, ya no tengo un lugar concreto adonde ir.

—Pues yo, sí. Soy el mayor Xacman, de la milicia sideral confederada.

—¿Un cosmonauta miliciano?

—Sí, y recibí una llamada en clave por el primitivo sistema de radio en onda corta.

—¿Y es importante?

—No lo sabré hasta que me encuentre con el que me envió el mensaje. La verdad es que quien efectuó la llamada ignora si yo la recibí o no.

—¿Por qué?

—Porque no tenía aparato transmisor para responderle. Mira, ahí tenemos la salida de la autopista para metemos en el área vacacional.

El macrohotel todavía no quedaba a la vista. Siempre rasgando las tinieblas con el faro único del atom-hover-craft, se introdujeron en un valle donde la hierba crecía húmeda, alta y esplendorosa.

Al fin, divisaron el gran hotel vacacional, espléndido y casi rutilante de luz en medio de un valle de agradable y eterno verdor.

—Sthenos, ¿habrá gente aquí?

CAPÍTULO II

—El hotel debe poseer un sistema energético propio y estará funcionando de forma automática, ya sabes, transforma la luz solar en energía que se acumula en pilas cristaloides. Por la noche y siempre automáticamente, ofrecen fluido eléctrico a todas las instalaciones.

—Me produce terror pensar que este lugar esté ocupado por locos.

—Es una posibilidad a la que deberemos hacer frente si quieres comer, Helga. La joven suspiró.

—Sí, tendré que arriesgarme. El hambre me roe por dentro; si no como algo esta misma noche, yo también enloqueceré.

Sthenos rodeó el gran hotel y escondió el vehículo tras unos setos en lo que debió ser zona de hípica para los que allí vacacionaban, antes de que la locura se adueñara del planeta.

—Puedes esperar aquí hasta que yo regrese.

—No, no quiero quedarme sola.

—Hemos arribado con las luces apagadas y este «carro» es muy silencioso, no creo que nos hayan visto llegar, si es que hay alguien

aquí.

—De todos modos, tendría miedo de quedarme sola.

—De acuerdo —aceptó Sthenos Xacman tomando su flash-fusil. Desde que viajaba solo no se separaba del arma ante la posibilidad de verse atacado en cualquier momento por una chusma de dementes. Nunca se sabía por dónde podían aparecer los agresivos y destructores locos.

—¿Tienes un cordel o algo parecido? Esta túnica con que me han vestido no resulta nada cómoda.

Sthenos se volvió hacia la bandeja del vehículo y palpó hasta encontrar una larga cinta que ofreció a la muchacha.

—¿Te va bien esto?

Ella ajustó su cintura con el lazo. La túnica se amoldó a sus caderas y el busto que estaba suelto, duro y joven, asomaba por el amplio escote triangular.

—Espero no tropezar. ¿Habrá ropa en el hotel?

—Lo ignoro, la buscaremos.

Abandonaron el vehículo, dirigiéndose al gran restaurante sin acercarse a la piscina gigante, bellamente iluminada. El agua, purificada de forma automática, se veía atractiva y deseable.

—Si no hubiera locos aquí, creo que sería agradable pasar unos días en este lugar.

—Sí, pero yo no puedo quedarme, a lo máximo que puedo exponerme es a pasar la noche aquí. Mañana en la mañana he de reanudar viaje hacia mi destino.

Helga le miró de soslayo. Aún no había podido ver el rostro de Sthenos Xacman, el hombre que la salvara de morir sacrificada a una farola a manos de unos dementes.

Su aspecto, evidentemente, era el de un miliciano, mas no había ya milicia, nada que agrupara a los cuerdos que eran una aplastada minoría que decrecía día a día.

Se introdujeron en el gran restaurante completamente vacío. Las mesas se hallaban recogidas con cierto orden.

—No hay nadie, vamos a la cocina.

Helga miraba en tomo suyo, temiendo ver aparecer en cualquier instante a un demente, mas no había señal de vida. Por el sistema de automatización, todo funcionaba sin que nadie se hubiera preocupado de desconectar los circuitos.

Pasaron a la gran cocina a través de una puerta y ya dentro de ésta, observaron en derredor. Sthenos se acercó al gigantesco frigorífico.

—Aquí podemos encontrar comida, si es que no se la han llevado.

—Ojalá sea así.

Xacman abrió una de las puertas y pudo ver los estantes repletos de cajas heladas.

—Hemos tenido suerte, Helga. Comeremos y nos llevaremos comida para el resto del viaje y también bebidas selectas. Hemos dado con un filón de comida y en estos días en que vivimos, es un fabuloso hallazgo.

Sacaron varias cajas y Sthenos las acercó a un homo de microondas.

—Yo las calentaré —se ofreció la mujer—. Siéntate a la mesa, comeremos bien aquí.

Helga tuvo que esforzarse para no morder directamente los alimentos congelados. Introdujo todo lo que había escogido en el homo de microondas y en apenas dos minutos todo quedó listo, incluido el pan, que quede crujiente.

Por su cuenta, Sthenos preparó una botella de leche y otra de champaña. La mesa de la cocina estaba dispuesta y al acercarse Helga a ella, vio el yelmo de protección sobre la silla.

Pudo ver al fin el rostro varonil, joven, de mandíbula fuerte y resistente. El cabello del hombre era abundante y rubio y las pupilas, intensamente negras.

Helga le sonrió abiertamente; no podía quejarse del aspecto físico del hombre que la había salvado y al que se había unido en compañía, no sabía hasta cuándo, quizá hasta la muerte o hasta que la

locura se apoderara de uno de los dos.

Sthenos observó cómo la muchacha devoraba la comida. Era evidente que su cuerpo joven estaba ávido de alimentos.

Todo fue bien. Aquel área vacacional resultaba un remanso de paz, aislado de un mundo caótico.

—Mejor que no comas excesivamente —le aconsejó Sthenos—. Si llevas varios días sin comer, si te llenas demasiado podrías enfermar.

—¿Y si mañana no hay comida?

—La tendremos si estamos vivos. Llevaremos alimentos preparados a mi «carro» y no faltará comida, palabra.

—Bien, me contendré. —Cerró los párpados y respiró profundamente—. ¿Se puede ser feliz por llenarse el estómago? —preguntó.

—Sí —opinó él—. Después de pasar hambre durante días, se puede ser feliz al comer.

—Ahora me bañaría en la piscina.

—No te lo recomiendo, deja que pasen unas horas; quizá al amanecer, antes de marcharnos.

—Sí, tienes razón. Parece que vas a tener siempre razón.

—No es que pretenda tenerla, son cuestiones de simple lógica.

—Los hombres y la lógica... Las mujeres batallando durante siglos por ser iguales al hombre, pero siempre está la lógica separándonos e impidiéndonos ser iguales.

—Entonces, bendita sea la lógica. Las mujeres tenéis cosas diferentes a los hombres como los hombres de las mujeres. Es mejor complementarse que ser iguales. ¿Te molesta esta frase?

—Oh, no, me gusta, aunque sé que a muchas les reventaría.

—¿Qué te parece si vamos a dormir un poco? Podemos elegir entre dos mil habitaciones.

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Habitaciones separadas?

—Todo lo contrario. Dos camas, eso sí, pero una sola habitación. Si me dejas sola, tendría pesadillas y no podría dormir.

—De acuerdo. Busquemos un cuarto que dé a la piscina.

Revisaron varios dormitorios hasta encontrar uno que les pareció apto. Estaba en el cuarto piso y en perfecto orden, como si lo hubieran dejado dispuesto para recibir a unos nuevos huéspedes.

—Es grande y tiene baño, creo que estaremos bien aquí. Una dormida no nos vendrá mal a ninguno de los dos.

Puso el cerrojo en la puerta y luego miró a la joven. Ella le sonrió; no estaba asustada por quedarse a solas con él en aquella habitación, todo lo contrario.

—¿Eres casada?

—No, ¿por qué habría de estarlo? Lo has preguntado como si pensaras que sí soy casada.

—Te comportas con una naturalidad que no parece propia de una chica soltera.

—Pues sí, soy soltera, es más, no me he acostado con ningún hombre. Ya ves que te ahorro preguntas con mi respuesta y sé que no tratarás de aprovecharte de la situación.

—¿Y si lo hiciera?

Ella volvió a sonreír, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Creo que no podría impedirlo; además, pienso que casi estarías en tu derecho.

—¿Porque te he salvado la vida?

—Sí.

—Por eso no abusaría de ti jamás.

—¿Y por qué abusarías de mí? —inquirió Helga, sentándose en el borde de la cama.

—Porque me gustes, porque seas bonita y quizá arrogante; pero tú no eres arrogante.

—¿Y bonita?

—Eso sí —asintió, quitándose las botas que quedaron junto a las patas de la silla en la que acababa de dejar su yelmo de protección y el flash-fusil—. ¿Te importa que me aligere de ropa?

—No, claro, puedes hacer lo que quieras. No voy a poner un biombo entre los dos, he sido yo quien te ha pedido que durmiéramos en la misma habitación; sólo así sé que dormiré tranquila.

Sthenos se quedó en slip y se tendió en el lecho boca arriba. Ella se acostó con su túnica, pues no tenía nada más. Miró al hombre y la tranquilidad de sentirse protegida y una digestión algo pesada por haber comido más de lo debido, hicieron que se durmiera, no sin antes pensar que le habría gustado que el hombre la besara *y* acariciara, más como una demostración de compañía que de sexo.

Helga se debatió en una pesadilla. Tuvo la impresión de haberse quedado sola en un lugar donde las tinieblas eran absolutas y una gran sensación de vacío le provocó vértigo.

—¡Sthenos, Sthenos, Sthenos! —llamó angustiada.

—Estoy aquí —exclamó él.

Ella abrió los ojos y le vio en pie junto a la puerta. Creyó que aún se hallaba inmersa en la pesadilla, por lo que desvió su mirada hacia la cama contigua y entonces la vio vacía.

—Sí, soy yo. He ido a pasar alimentos por el horno de microondas y después he llevado la comida al «carro». ¿Qué tal has dormido?

—Tengo la impresión de que estoy atontada.

—Lo que pasa es que has dormido unas horas muy bien, nada

más.

—¿Es hora de irnos?

—Dentro de unos minutos amanecerá. En la cocina está preparado un desayuno fuerte; si quieres, antes de marchar, nos damos un baño y desayunamos, pero sin perder tiempo.

—Aprobado, así me despejaré.

—He estado buscando ropa y he encontrado un cuarto repleto de maletas descuidadas por los clientes. No creo que nadie las reclame, puedes abrirlas y escoger lo que necesites. Te espero en la piscina, yo ya llevo mis cosas.

—Ahora bajaré.

Sthenos Xacman fue a la cocina. Allí se desnudó y, descalzo, anduvo luego hacia la piscina. En su mano llevaba el flash-fusil que metió entre unos setos de pitósporo. Observó el agua, nítida a la luz de los focos mientras el cielo se tomaba gris azulado, presagiando una amanecida agradable, precursora de un día limpio.

Se zambulló y nadó aprisa para mitigar el frío que le proporcionó el agua.

Había nadado la piscina en cuatro largos, y había que tener en cuenta que la piscina era de enormes proporciones, cuando al otro lado vio el cuerpo blanco, suave y bien formado de Helga, sin ropa alguna. Ella se lanzó al agua y nadó con agilidad y gracia.

Sthenos fue a su encuentro; al llegar a su altura, le preguntó:

—¿Qué, te encuentras mejor que ayer?

—Ahora lo veo todo diferente, me parece estar en un mundo nuevo.

Sthenos no quiso destruir la ilusión de la muchacha. Sabía que nada era diferente, lo que sucedía es que se hallaban lejos de la ciudad. Cuando dentro de unas horas volvieran a cruzar otra metrópolis, descubrirían nuevos siniestros, incendios, basura, cuerpos devorados y locos formando grupos que recorrían las calles aullando y atacando a otros grupos que se pudieran cruzar con ellos, aunque fueran de dementes también.

Formaban pequeñas hordas dispuestas al asalto inmediato, lo que hacía que cada día se diezmaran más y el asfalto se llenara de sangre.

Se zambulleron bajo el agua y nadaron. Se había hecho ya de día, aunque no lograban ver el sol, todavía oculto por las altas copas de unas coníferas.

Al volver a la superficie, Helga, que tenía menos capacidad pulmonar para resistir bajo el agua que Sthenos, sacudió la cabeza para apartar los dorados cabellos de su rostro. De improviso, descubrió a varios hombres situados al borde de la piscina, observándoles. Y la forma de hacerlo, la expresión de sus ojos, no dejaba lugar a dudas.

—¡Sthenos, Sthenos, los locos!

Sthenos regresaba ya a la superficie *y* en aquellos instantes expulsó con violencia el aire viciado guardado en sus pulmones. Mientras volvía a respirar, atendió a lo que le decía Helga, que con cuatro o cinco brazadas había llegado junto a él.

Ambos se hallaban en el centro de la piscina.

—Los locos —gruñó Sthenos al verles. Eran como una docena y rodeaban la piscina.

—¿Qué haremos? —balbució Helga, sintiendo de nuevo el zarpazo del miedo en su cuerpo venusino que podía entreverse bajo el agua transparente.

—Sólo son locos —rezongó Sthenos—. No razonan, por eso son locos.

Helga no terminaba de comprender; Sthenos los despreciaba, pero ella ya había caído en una ocasión en sus manos y sabía que eran terriblemente peligrosos.

—|Son muchos y nos acechan como lobos!

—Sí, pero no razonan —insistió Sthenos—. No te preocupes, saldremos de aquí.

—¿Cómo?

—Quédate en el centro de la piscina y si alguno se acerca

nadando, sumérgete. Si están desequilibrados, es muy posible que le tengan terror a la inmersión. Antes de contagiarse de la locura eran como nosotros, pero ahora son seres distintos, como de otros mundos. Temen a cosas que a nosotros nos son naturales.

Sthenos se alejó nadando y Helga tuvo el deseo imperioso de seguirle, mas se mantuvo donde estaba, atendiendo las órdenes dadas por Sthenos.

Los locos, al ver avanzar a Sthenos Xacman hacia el borde de la piscina, corrieron hacia aquel lugar. En realidad, ellos sentían necesidad de atacar en grupo, como si fueran perros.

—Eh, vosotros, ¿quién quiere bañarse? —les preguntó abiertamente. Ellos vociferaron y tres se lanzaron al agua mientras los demás gritaban.

Sthenos les vio chapotear furiosos, avanzando hacia él. Se echó de espaldas y retrocedió un poco. Después, ante la sorpresa de los psicópatas, se sumergió y nadó por debajo, cogiendo a dos de ellos por los pies. Tiró, hundiéndolos, y se mantuvo a distancia. Como había esperado, el terror hizo presa en los que se sumergían, que no contuvieron la respiración como hiciera Sthenos.

Cuando los supuso llenos de agua, los soltó y él emergió, encontrando en la superficie a uno solo, que se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

Alargó su mano y se la puso sobre la cabeza, hundiéndosela, mientras los demás, como una horda de monos histéricos, no cesaban de chillar.

Sin esperar a que el loco se ahogara, dejándolo atontado, se alejó del borde en línea recta al lugar opuesto. Helga le vio hacer. Los dementes estaban furiosos pero desorientados. Sthenos tenía razón, no pensaban.

Dos se lanzaron al agua y comenzaron a chapotear para nadar en dirección a Helga. Los otros corrieron por el borde de la piscina para ir al encuentro de Sthenos Xacman que, llegando al lado opuesto, se encaramó al margen y salió del agua. Corrió hacia los arbustos mientras los locos corrían tras él.

Sthenos vio su flash-fusil cuando dos se le echaran encima y tuvo que hacerlos saltar por el aire. A un tercero le propinó un puñetazo en la cara que lo envió al agua y antes de verse envuelto en

una pelea feroz en la que él llevaría la peor parte, pues era uno contra un buen número de locos que mordían y daban zarpazos, logró alcanzar el arma.

Revolviéndose, desde el propio suelo, disparó.

El rayo infrarrojo los fue incinerando.

—¡Estúpidos, estúpidos, no quiero mataros, pero no me dejáis otra alternativa! — rugió entre dientes.

—¡Sthenos, Sthenos! —gritó Helga desde el agua. Nadaba hacia el borde de la piscina, mientras ya los dos locos que la perseguían le estaban dando alcance. Uno de ellos logró aferraría por los cabellos.

Sthenos disparó su arma contra el que estaba más apartado de Helga y el agua bulló alrededor, mientras el loco desaparecía de la superficie.

—¡Sumérgete! —le gritó Sthenos.

Pese a estar cogida por los cabellos, Helga se sumergió. El loco, ante el temor de hundirse él también, la soltó y entonces quedó sólo a flor de agua.

—¡Al infierno! —le espetó Sthenos, disparándole y acabando con él.

Cuando Helga, que no había podido ver lo que sucedía, sintió que ya no resistía más, subió a la superficie y se encontró con que nadie la molestaba.

—¡Puedes salir! —exclamó Sthenos.

Helga miró en derredor y al verse libre, suspiró, tranquilizada.

Llegó hasta el borde y tomó la mano que el hombre le tendía. Con la fuerza de su brazo musculado, él la sacó sin dificultad y la mujer, tal como estaba, desnuda y chorreando agua, le abrazó convulsivamente.

—Sabía que acabarían por aparecer, siempre aparecen, estamos en un planeta de locos.

—Nos vamos a ir de aquí, pero antes, desayunaremos.

—¿Desayunar?

—Sí, es preciso que lo hagamos para ir con fuerzas. No creo que ahora vengan más por aquí, debía ser una colonia de locos errantes que se han sentido atraídos por este lugar lo mismo que nosotros.

Helga vio los restos de los muertos y apartó la mirada.

—No sé si podré desayunar ahora —musitó.

—Harás un esfuerzo.

Obligada por Sthenos, la muchacha desayunó, pero no hablaron. Subieron luego al atom-hover-craft, listos para proseguir viaje.

—¿No te he dicho que ese vestido que has encontrado te sienta muy bien, Helga?

Ella se observó a sí misma. Había encontrado unas botas altas doradas y una casaca sin mangas de color carmesí claro, con un escote en punta que le llegaba hasta la mismísima cintura, separando sus senos jóvenes y opulentos.

—Si no te hubiera encontrado a ti, creo que lo mejor habría sido morir.

—El futuro siempre es un misterio, Helga, no podemos suicidarnos por miedo a morir.

—El futuro es la locura de toda la humanidad, el apocalipsis de nuestra civilización.

—No perdamos las esperanzas.

Puso en marcha el vehículo atómico que se elevó del suelo y se alejó de lo que había sido el área de hípica en la macrorresidencia vacacional. Miles de millas había aún por delante en un viaje que podía ser el último para ambos.

CAPÍTULO III

Tenían los ojos y el alma llena de fuego, de humo, de ruinas, de sabor a destrucción.

A lo largo del rápido viaje, siempre siguiendo las amplísimas autopistas antigravitatorias que iban desde el cono Sur de América hasta el Canadá, sólo habían visto el caos provocado por la locura que todo lo invadía y destruía, como si tuviera un odio feroz a todo lo construido, a todo do lógico, a todo lo sensato.

Era el exterminio absoluto en busca quizá de lo primitivo, del completo estado animal donde el *homo sapiens,* sin orden, sin gobierno ni instituciones, perecería.

Además de la locura, reina de todas las plagas, aparecían las demás plagas: El cólera, la peste, la viruela, plagas endémicas que el hombre, con su arrogancia, creía haber erradicado del planeta y que ahora regresaban, asaltando a saco a toda la humanidad. Engordaban y se expandían con angustiosa y aterradora rapidez.

Se adentraron por una región dura y recosa de México. Sthenos había abandonado la autopista y no parecía que allí pudiera encontrar nada vivo, ni siquiera la telecámara del vehículo lograba descubrir señales de vida. Sin embargo, el hombre dijo:

—Hemos llegado.

—¿Adónde?

—A nuestro destino por ahora.

—No veo nada.

—Aquí, aunque no lo descubramos, existe un refugio antinuclear. Siguieron avanzando, ahora muy lentamente.

Sthenos había llegado a aquel lugar por las coordenadas captadas, nunca antes había estado allí. Sí había estado en otros refugios superatómicos, pero no en aquél y tomaba sus precauciones.

Ante ellos apareció de pronto una cortina de luces relampagueantes que, amenazadoras, les advertían que no siguieran adelante.

—¿Qué es eso?

—Una cortina de protección —explicó el hombre, deteniendo el atom-hover-craft.

—¡Atención, atención, deténgase y dé su identificación! —ordenó una voz tajante que semejaba brotar de entre las piedras.

Sthenos accionó una clavija del salpicadero de mando de su nave y quedó abierto el altavoz incrustado en el propio tablero.

—Soy el capitán Sthenos Xacman y me acompaña una mujer llamada Helga. No somos locos. Capté la llamada por radio y he acudido.

No hubo respuesta, si por respuesta se entendía sólo una voz, mas parte de la montaña rocosa comenzó a alzarse. Aquel pedazo rectangular de suelo se elevó sostenido por cuatro columnas hidroneumáticas y bajo él apareció una gran boca de unos diez por diez metros y una rampa que se hundía en las entrañas de la tierra.

—Ya nos han abierto la puerta —dijo Sthenos, haciendo avanzar el vehículo hacia la entrada del refugio subterráneo que, al parecer, era más profundo que otros que él conocía.

El túnel descendente estaba a oscuras y tuvo que iluminarlo el potente faro del vehículo pilotado por Sthenos Xacman, que lo hacía avanzar lentamente.

Helga tuvo la impresión de que viajaban hacia el centro de la Tierra. El refugio antinuclear, camuflado y no detectable desde el exterior, se hallaba a una gran profundidad. Al fin, semejaron llegar a término. Ante ellos, el túnel apareció cortado por una pared de hormigón, acero y plomo.

Sthenos supuso que la puerta de entrada que daba al exterior había sido cerrada ya y se hallaban aislados del mundo exterior.

—Desciendan del vehículo y avancen a pie —ordenó una voz que no pudieron saber de dónde procedía, pero que encontraba ecos en las paredes del túnel.

—Tenemos que obedecer —le dijo Sthenos.

Salieron del atom-hover-craft, que al ser detenido descendió hasta el suelo. Al salir del vehículo, la muchacha opinó:

—Hace mucho calor aquí.

—Debemos hallamos a una gran profundidad. Cuanto más se desciende hacia el interior de la tierra, más calor hace.

El panel que tenían delante se alzó, desapareciendo en el techo lenta y pesadamente, pues aquella pared debía estar formada por toneladas de materiales compuestos que constituían un gran blindaje contra cualquier tipo de radiación. Al otro lado aparecieron cuatro milicianos armados con flash-fusil y las cabezas cubiertas con yelmos, cuyas mirillas estaban bajadas, protegiéndoles el rostro en su totalidad.

—Sígannos —ordenó el oficial.

Sthenos le dijo a Helga en tono bajo:

—No tengas miedo; éstos no están locos, pero toman sus precauciones.

Les condujeron a una estancia en la que había un panel repleto de botones de distintos colores. Más arriba. el mismo panel estaba compuesto por focos de luz, ahora apagados.

El oficial se acercó a Sthenos.

—Resuelva este problema —le exigió, entregándole una hoja impresa en la que había una serie de figuras geométricas coloreadas.

Sthenos le dio una ojeada y avanzó hacia el panel de pulsadores. Oprimió los que juzgó necesarios y se fueron encendiendo luces. Al final, todas las figuras, en diferentes colores, aparecieron iluminadas en el panel.

Se escuchó una especie de chicharra y un rótulo luminoso anunció:

—Positivo.

—Bien venido al refugio PC-20, capitán Xacman.

—Magnífico, oficial. Habrá podido comprobar que no estoy loco.

—Así es. Ahora será la señorita quien deberá someterse a este detector.

—¿Es necesario? —preguntó Xacman, mirando a Helga, que se mostró preocupada.

—Sí, son normas muy estrictas de carácter interno, se mantiene una vigilancia muy rígida. Si la locura entra aquí, estaremos perdidos, no tardaríamos en ser víctimas del sabotaje.

—Estoy dispuesta —dijo Helga, sintiendo el intenso calor en todo su cuerpo.

No estaba acostumbrada, como sin duda lo estarían los milicianos que vivían de forma fija en el refugio antinuclear, a salvo de los ataques de los locos que formaban legión por miles de millones en todo el planeta, aunque día a día desaparecían por muerte violenta, enfermedad o simple inanición.

El oficial entregó a Helga una cartulina diferente a la que había sabido interpretar Xacman. En realidad, era una simple cartulina con unos datos que si eran resueltos en un determinado margen de tiempo, expresaban un coeficiente de inteligencia siempre superior a ciento diez, cantidad que estaba muy por encima del resultado que podían dar los dementes.

Helga observó bien la cartulina y luego se enfrentó con los botones que no iban a tolerar ninguna equivocación.

Los fue pulsando sin prisas, tratando de asegurarse. Lo mismo Sthenos que los milicianos que custodiaban la entrada al refugio permanecían en tensión. Las medidas a tomar eran estrictas. Cualquier

demente, por razones de seguridad, sería eliminado, simple y llanamente, ya que las normas se regían por estado de guerra.

Luces verdes, rojas, azules, amarillas, se fueron combinando. Al fin sonó la chicharra:

—Positivo.

Había pasado el examen de IQ.

—Bien venida al refugio atómico, señorita Helga. La joven suspiro de alivio.

—Temía haberme vuelto loca ya.

—Síganme —pidió el oficial.

Los otros tres milicianos se quedaron vigilando la entrada y haciéndose cargo del atom-hover-craft de Sthenos Xacman.

Se adentraron en una vasta sala que podía considerarse el hangar del refugio. En ella había vehículos de distintas formas y tipos y especialmente destacaba una nave en la que unos ingenieros y especialistas estaban trabajando. Parecía que aquella nave jamás podría salir de allí si la única salida era el túnel por el que habían llegado.

Sthenos se la quedó mirando durante breves minutos y preguntó:

—¿Es una nave espacial?

—Así es, capitán, no puedo informarle de más.

—Comprendo.

Pasaron a otras dependencias y se cruzaron con nuevos habitantes del refugio. Todos tenían la piel muy blanca a causa de la falta de luz solar, aunque los que descansaban podían exponerse a los rayos ultravioleta en la sala de baños.

Al fin, se enfrentaron con una puerta en la que había un rótulo que advertía:

«Commandership - Private.»

La puerta se abrió automáticamente y pasaron al despacho de la mente que regía el refugio antinuclear. Todo era sobrio y aséptico, quizá demasiado frío, pese al calor ambiental. Un hombre de cabellos canos se hallaba tras una mesa escritorio y les recibió levantándose.

—Capitán Xacman, estaba seguro de que oirías nuestra llamada y vendrías.

—¡General Volenkov!

Sthenos Xacman reconoció de inmediato al general bajo cuyas órdenes había servido en la milicia espacial de la Confederación Terrícola, un organismo que ya no existía debido a la anarquía total imperante en el planeta a causa de la locura epidémica.

—General, Helga es mi compañera.

—No sabía que te hubieras casado, muchacho. Tomad asiento. Helga, antes de sentarse, puntualizó:

—No estamos casados, general.

—¿Ah, no? Bueno, eso se puede remediar, aquí tengo yo toda la autoridad, es decir, tenemos un consejo para la toma de decisiones. —Su rostro se ensombreció y agregó—: Vivimos momentos ciertamente trágicos para nuestra civilización, diría más, para nuestra especie. La locura que se ha adueñado del planeta acabará con todo. Ya no hay instituciones ni orden alguno, sólo grupos vandálicos a los que se agregan diariamente más y más locos que se dedican a destruirlo todo y a destruirse ellos mismos buscando el fin de todo.

—Es verdad, mi general, hemos pasado por varias megápolis y es terrible. Supervivir es una proeza.

—Los cuerdos somos ya muy pocos. Los que no son víctimas de la locura contraen otras enfermedades si no mueren a manos de esas hordas asesinas.

—¿Aquí abajo también se vuelven locos?

La pregunta la había formulado Helga, y el general Volenkov respondió:

—Por los datos que teníamos, el hallarse bajo tierra no evitaba el contagio de la locura, mas en este refugio atómico no sólo estamos bajo tierra, sino que tenemos un sistema de aislamiento especial. Está muy calculado todo para evitar radiaciones y hemos de admitir que los casos de locura han sido tan pocos que podemos considerarlos nulos en tanto por ciento.

—Entonces, ¿estamos a salvo de la locura aquí dentro? —inquirió Sthenos, muy interesado.

—Puede decirse que sí, aunque la seguridad total no existe. Tenemos a varios científicos estudiando el fenómeno.

—¿Han llegado a alguna conclusión? —preguntó Sthenos.

—Aún no; sin embargo, se están haciendo grandes avances. Nuestro problema es que no salimos al exterior y trabajamos sobre datos acumulados o los que recibimos del exterior a través de los sensores electrónicos. No podemos salir a buscar a un loco para estudiarlo ni podemos someter a uno de los que estamos aquí refugiados para que corra el peligro de enfermar. Estamos muy limitados; no obstante, tenemos sospechas.

—¿Sobre qué, general?

—Respecto a la epidemia de locura.

—No entiendo, mi general.

—Existe la hipótesis entre nuestros científicos de que esta locura que está llevando a nuestra civilización a la destrucción total no es un hecho fortuito, sino provocado.

—¿Provocado por quién?

—Lo ignoramos. No podemos censar a nadie en el planeta, no sabemos nada concreto, pero nuestras sospechas se dirigen hacia la Luna.

—¿Tiene algo que ver la Luna con la plaga de la locura? —preguntó Helga, desconcertada.

—Es muy posible, pero hasta que no lo descubramos repito que

sólo son hipótesis. Todo comenzó con vasos aislados de locura. Después, las estaciones de las colonias mineras de Marte, Venus y la propia Luna, dejaron de transmitir. Se hizo el silencio total. Partieron varias naves espaciales en busca de información y jamás regresaron. Entonces, comenzaron a fallar aquí las organizaciones e instituciones, incluso las milicianas, por lo que se prestó escasa atención a lo que sucedía fuera del planeta. Todos miraban en derredor suyo temiendo ver aparecer a uno o varios locos con intenciones homicidas. El sistema policial se había degradado y nadie se sentía seguro en parte alguna. Comenzó la crisis total y la histeria colectiva, los incendios de ciudades enteras en toda la Tierra. Nadie podía exigir datos del exterior; los aeropuertos y astródromos fueron destruidos y no había brigadas de mantenimiento ni reparación, por lo que fuimos perdiendo toda posibilidad de remontar el vuelo.

—Sí, todos hemos vivido esos momentos. Yo mismo me sentí desconectado y me di cuenta de que debía supervivir por mí mismo.

—Así es, capitán Xacman, a todos nos pasó igual hasta que un grupo de oficiales superiores pensamos en este refugio antinuclear secreto. Decidimos venir acá y aislamos al tiempo que reclutábamos gente entre los que podían servir para el grupo de resistencia a la epidemia de locura. Llegamos a pensar que bastaría aislarse durante un tiempo y esperar a que todo esto pasara, pero tuvimos que admitir que no iba a suceder en esta forma. La locura es progresiva y no cede, lleva camino de adueñarse de todos hasta la destrucción absoluta. Eso nos hizo pensar que todo esto no podía ser un hecho natural degradante, debía existir una causa.

—¿*Y* por qué la Luna? —inquirió Helga.

—Hemos realizado unos estudios que aunque son incompletos, ofrecen algunos resultados parciales interesantes.

Pulsó unos botones de su mesa y se encendió una pantalla gigante en tres dimensiones y a color en la que podía verse el planeta Tierra girando y la Luna en tomo suyo.

—Hemos observado que los puntos de influencia de la Luna son focos contaminantes de locura. No es que sea muy evidente, pero los casos de locura florecen a medida que la Luna pasa. Insisto en que todavía son hipótesis, pero incluso hemos determinado un área del satélite en que puede estar ubicado el foco enloquecedor.

Movió un dial e hizo que la Luna se agrandara en la pantalla,

pudiendo verla mucho mejor. Tenía un círculo marcado, y al observarlo, Sthenos dijo:

—He estado en dos ocasiones en ese lugar. Allí se ubicaba la mina de torio aerolítico.

—Exacto. Ahí existe un cráter producido por un aerolito compuesto por torio natural y de densidad muy superior al torio existente en la Tierra, fue un gran hallazgo minero. Pues bien, esa área es la que sospechamos tiene la culpa de la locura de nuestro planeta.

—¿El torio? —preguntó Helga.

—No creo —admitió el general Volenkov—, aunque siempre existe esa posibilidad. Lo que sea, lo desconocemos. Hay que viajar a la Luna con los riesgos que ello implica y descubrirlo.

—Viajar a la Luna no es problema si se posee una nave espacial equipada, pero, que yo sepa, todos los astródromos quedaron destruidos tras la deserción de sus vigilantes.

—Sí; fatalmente, los locos han sido excelentes saboteadores, aunque en muchas ocasiones ellos hayan sido víctimas de sus propios sabotajes. Una horda formada por millares de psicópatas murieron al hacer estallar una nave espacial.

—Si no hay forma de viajar a la Luna, ¿cómo averiguarán lo que allí sucede? El general respondió a la muchacha.

—Estamos construyendo una nave en este refugio, lejos del alcance de los locos y con los medios de que disponemos.

—¿Es esa gran nave que hay en el hangar? —preguntó Sthenos.

—Sí.

—Su tamaño es demasiado grande para sacarla por el túnel que lleva al exterior.

—Nuestros ingenieros y científicos han calculado muy bien las dimensiones. El cuerpo de la nave cabe justo por el túnel, aunque sólo sobren un par de pulgadas por los lados. Obviamente, no será una nave grande, pero sí suficiente para enviar tres o cuatro hombres a la Luna. Todo lo que sobresale del cilindro o cuerpo de la nave es retráctil, se ha calculado muy bien. Sin embargo…

—Siempre hay un «pero» —suspiró Sthenos.

—Nos faltan algunas cosas para que esa nave sea un hecho.

—¿Cosas importantes? —inquirió Sthenos.

—Si se considera importante la energía...

—Fundamental —estimó el cosmonauta.

—Sabemos dónde podemos encontrarla y habrá que arriesgarse para ir en busca de esa energía y traerla aquí; no es un trabajo fácil y lo estamos posponiendo mientras avanzamos en nuestras investigaciones. Sabemos que si salimos de este refugio nos exponemos a caer enfermos de la maldita plaga de la locura y todo se perdería.

—¿Y es imprescindible ir a la Luna? —preguntó Helga.

—Sí, no hay otra solución. Hemos de averiguar qué sucede en esa área de la Luna que provoca la locura en nuestro planeta. Si no lo hacemos, sólo nos restará esperar aquí el fin de todo, sepultados en este refugio antinuclear.

—General, ¿puedo hacerle una pregunta que quizá parezca irrespetuosa?

—Adelante, Xacman, todo es válido ya. Las condiciones actuales no son las mismas que cuando todo estaba bien en el planeta y seguíamos una evolución normal antes de que surgiera lo imprevisto, el caos en forma de pandemia psicopática.

—Sólo quería preguntar si en las condiciones en que nos hallamos no será sólo un sueño tratar de enviar una nave a la Luna.

—Es lógica tu pregunta, Xacman, muy lógica. No, no es un sueño sino una realidad. Tenemos menos medios que cuando los primitivos proyectos «Apolo» enviaron a los primeros terrestres a la Luna, pero no podemos desfallecer. Celebramos asamblea los aquí reunidos y por unanimidad decidimos que todos nuestros esfuerzos se encaminarían a la consecución del proyecto «Phenix» para resurgir de nuestras cenizas. Ese es nuestro único objetivo. No estamos aquí para esperar a que la locura termine. Estamos seguros de que no acabará hasta que no quede nadie vivo en la tierra; por ello, nuestro objetivo es ir a la Luna, no como un simple descubrimiento, como ocurrió en el primer paso que dio nuestra civilización a un cuerpo celeste que no

hiera la propia Tierra. El proyecto «Phenix» tiene como misión averiguar lo que sucede en la Luna, y si como suponemos existe un causante de la locura en la Tierra, deberá ser eliminado al precio que sea.

—Comprendo, general. Puede contar con mi participación total en este proyecto.

—Tenemos algunos astronautas aquí, pero tú, Xacman, eres quien posee más experiencia espacial. La nave no será perfecta ni importante, será una nave casi de emergencia. Con los medios de que disponemos no podemos hacer más. Tú conoces la zona, la has identificado en seguida. Eres un hombre muy importante para nosotros y albergaba la esperanza de que vinieras. Sabía que, de vez en cuando, conectarías el transmisor de radio, un sistema previsto para tiempos de catástrofes.

—La llamada no iba dirigida a mí exclusivamente.

—En efecto, llamábamos a los seis mejores astronautas que tenían posibilidades para este proyecto y sólo tú has venido.

—Es posible que los otros hayan muerto.

—Bueno, creo que ya les he informado de lo más importante; ahora, descansen, les serán asignadas habitaciones. No somos muchos en el refugio, un veinte por ciento de la capacidad total. Cabría mucha más gente aquí abajo, pero ya empiezo a dudar que queden tantos cuerdos.

—Esa hipótesis elaborada por ustedes me parece razonable, general —opinó Sthenos

Xacman—. Si allí está el foco que ha provocado nuestro caos, lo destruiremos.

—Eso espero, Xacman, es nuestra única posibilidad de salvación.

—General, yo también quiero ayudar —pidió Helga.

—Magnífico. Si desea ayudar, mime en todo y por todo a este hombre —señaló a Sthenos—. Su participación en el proyecto «Phenix» nos es vital.

—Si eso es todo, cuente conmigo, general —repuso Helga, con una sonrisa—. Cumpliré la orden como si fuera una miliciana.

Sthenos la miró de reojo y se dijo que; después de todo, acercarse más a la joven que le gustaba mucho no iba a constituir un abuso por su parte. Ya no estaban solos en un medio hostil donde, de haberlo intentado, le habría sido muy fácil abusar de la muchacha, que seguramente no se habría opuesto. Ahora todo era diferente. Ella podía apartarse de él sin más e incluso fijarse en otros hombres.

El general, en medio de las profundas inquietudes que le agobiaban, sonrió. Los dos jóvenes formaban una pareja magnífica y si había que iniciar la repoblación humana, nada mejor que comenzar con ellos.

CAPÍTULO IV

Les fueron asignadas habitaciones contiguas. Las estancias no eran grandes y carecían de ventanas, como era lógico suponer, mas había un perfecto sistema de aireación y en sus paredes se realizaban proyecciones de paisajes cambiantes enviados por un sistema de televisión computada que evitaba la posible claustrofobia, ya que los paisajes eran muy hermosos y en su mayoría bucólicos, tranquilizantes.

Cada estancia poseía dos camas y un pequeño aseo completo.

Helga sentía aquel intenso calor en su cuerpo. El general Volenkov les había explicado que no ponían en marcha el sistema de refrigeración porque necesitaban la energía para los trabajos que estaban realizando.

Refrigerar el refugio representaba un gran consumo, ya que debido a la profundidad a que se hallaban había una temperatura constante de treinta y tres grados Celsius.

Se había adoptado la postura de no poner en marcha la refrigeración y hacer que todos se acostumbraran a la fuerte pero constante temperatura. Lo que sí funcionaba bien era el regulador de humedad que se conservaba en un cuarenta por ciento para evitar que sudaran en exceso, ya que de no haber funcionado este sistema, la propia agua que despedirían los cuerpos humanos habría hecho que

llegaran al cien por cien de humedad y se habría creado una situación intolerable en la mezcla de calor y humedad.

Habían proporcionado a Helga un traje de sus medidas, un traje de miliciana con graduación de teniente, incluido el yelmo de protección.

La muchacha observó aquel traje; ella había sido siempre una persona civil, tampoco había tenido tiempo de ingresar en la milicia, ya que tenía justo dieciocho años y en la milicia se entraba con esa edad mínima. Apenas dejaba de ser una adolescente cuando había sobrevenido la tragedia. La locura se había expandido rápidamente por el planeta en sólo cuestión de semanas.

Helga no había tenido tiempo de entrar en el mundo de los adultos, era una muchacha y había comenzado a pasar terror y hambre. Luego, la captura y la providencial aparición de Sthenos salvándola de ser quemada viva al pie de una farola de cinco brazos.

Se desnudó y se metió bajo la ducha de agua fría. Le gustó sentir sobre su cuerpo de piel fina y suave el picoteo de los chorros de agua que resbalaban sobre ella y se transformaban en cascadas hacia abajo. Permaneció unos minutos bajo la ducha, quizá muchos; se estaba muy bien debajo del agua, huyendo del calor.

Se estaba secando con la toalla cuando golpearon a la puerta y ésta se abrió casi al mismo tiempo, sin que ella tuviera tiempo de responder.

—Ah, Helga, disculpa, no sabía...

—No importa —sonrió ella, protegiéndose con la toalla mientras terminaba de secar su joven cuerpo—. Después de todo, creo que en la piscina ya pudiste ver todo lo que había que ver.

Sthenos cerró la puerta y pasó el cerrojillo para no ser molestados.

—Yo también acabo de ducharme, hace mucho calor en este refugio.

—Sí, y el agua fría resulta muy agradable.

—¿Te encuentras bien aquí?

—Estupendamente. He escapado al terror de la locura que me

acosaba y ahora me siento segura.

—Magnífico. No sé si conseguiremos lo que se intenta, pero lucharemos por ello.

—Yo también quiero formar parte de ese grupo de resistencia a la locura.

—Ya formas parte, Helga, y puedes ser muy útil; cuando vuelva, ya me lo contarás.

—¿Cuando vuelvas?

—Sí, mañana saldré con un grupo.

—¿A buscar la energía?

—Sí.

—¡Quiero ir contigo!

—Imposible, vamos los justos.

—¡Quiero un sitio para mí, no quiero quedarme aquí si tú te vas! —pidió con vehemencia.

El se le acercó, la tomó por los brazos e inclinándose sobre ella, la besó en los labios. La muchacha correspondió a la caricia mientras sus dedos seguían sosteniendo la toalla que les separaba.

—¡Déjame ir contigo, Sthenos!

—¿Por qué? Sólo correrás peligros.

—A tu lado no me importa.

—Corremos el riesgo de enloquecer.

—Si caigo en la locura, sólo te pido...

Hizo un silencio que Sthenos rompió, preguntando:

—¿Qué?

—Mátame.

—¿Yo?

—Sí, mátame con tus propias manos y luego incinérame con tu flash-fusil, hazlo tú mismo.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres el único hombre al que amo, y si no he de estar contigo en este mundo caótico, prefiero morir.

Antes de que él pudiera protestar, Helga buscó de nuevo sus labios, esta vez sujetando la nuca del hombre con sus manos, aquellas manos que ya habían soltado la toalla que se deslizó hasta el suelo.

La diestra de Sthenos se posó sobre la cadera desnuda y la acarició, lo mismo que la cintura de la joven que temía perderle y deseaba retenerle. Su desnudez, de cuerpo y de mente, era completa. Amaba a Sthenos Xacman y si la locura llegaba hasta cualquiera de los dos, que antes hubieran podido amarse, por ello no querían dejar pasar el tiempo, las horas, los minutos, aquellos instantes que prometían felicidad.

Sthenos sintió lo mismo que ella. No era un ser pétreo sino de carne y hueso, sentía la atracción de la mujer, la necesidad de amarla y ser amado. También él sabía que la muerte les rondaba y que los momentos de felicidad había que consumirlos allá donde los encontrara y apurarlos hasta las heces.

El amor, el placer, la comprensión, la compañía, la sensación de unirse, de compenetrarse, de fundirse el uno en el otro como si fuera su última posibilidad de hacerlo, consiguió que ambos se olvidaran del resto de la humanidad para sumirse en su pequeño mundo de pareja, un mundo que para ellos era grande, inmenso e íntimo a la vez.

Mientras se arrullaban, se acariciaban, se fundían entrecortando sus respiraciones, en las proyecciones cambiantes, plenas de color, aparecían unos caballos que salían de un bosque que se hallaba junto a un mar de arenas doradas bajo un sol caliente, muy caliente.

* * *

El ingeniero doctor Livingstone era el responsable de la construcción de la nave espacial que se hallaba en el hangar del refugio antinuclear. Daba órdenes a sus ayudantes y especialistas para

comprobar todas las posibilidades de aquella nave que no podría ser probada, tenía que funcionar a la primera.

Si la nave fallaba, no sólo morirían los que estuvieran dentro de ella, sino que el proyecto «Phenix» sería un fracaso y la locura terminaría por eliminar a toda la especie humana del planeta Tierra.

—¿Cómo va eso, doctor Livingstone?

—Ah, general —respondió el interpelado, volviéndose hacia el comandante del grupo de refugiados que permanecía en las entrañas de la Tierra mudando su plan.

—Parece que la nave funciona —comentó el general Volenkov, observando el movimiento de las alas retráctiles que se introducían en el casco, desapareciendo, lo mismo que los alerones y el timón de cola. La nave, que poseía un sistema aerodinámico para elevarse dentro de la atmósfera terrestre, una vez fuera de ésta se lanzaba al vacío con toda la potencia de sus motores en dirección a la Luna. Ese era el plan.

—Estamos probando todo el funcionamiento gracias a la energía que le suministramos con un cable de enganche; sin embargo, no sabremos si funciona como es debido hasta que la nave se mueva con su propia energía.

—Comprendo, hace falta el cartucho energético.

—Sí, general; además, esta nave llevará una bomba nuclear.

—¿La está preparando, doctor Livingstone?

—Sí, toda la mecánica y la parte electrónica, pero también es preciso encontrar material nuclear.

—¿Cómo piensa obtenerlo?

—¿Pueden traerlo del exterior?

—No, no creo.

—En ese caso, deberé extraerlo de la pila atómica que abastece el refugio.

—Eso será peligroso, ¿no?

—Muy peligroso. Quedaremos por algún tiempo sin energía;

luego volverá a funcionar, aunque a bajo rendimiento. La bomba que transportará esta nave a la Luna para ser lanzada en el área que sospechamos es la causante de todo lo que nos sucede, ha de ser de gran potencia.

—¿Como cuánta?

—Veinte mil megatoneladas.

El general no pudo contener un ligero silbido de admiración.

—Si esa bomba llega a explosionar en la Luna, la convertirá en un pequeño sol; podremos ver la explosión desde la Tierra.

—Así es. Si vemos la explosión, sabremos que el plan ha tenido éxito, general.

—No, hasta que en la Tierra sepamos que la locura ha sido frenada. Los cuerdos supervivientes tendrán que esconderse de los locos y esperar a que éstos vayan desapareciendo por sí mismos.

—Hemos descubierto ya que la locura es degenerante, de tal forma que los que la padecen tardan un máximo de treinta días en morir.

—No sé si pensar que lo que me dice es grave o que es un alivio, doctor.

—Yo diría lo último, general. Quienes contraen esa especial locura, ya no tienen remedio, su mente es dañada en forma irreversible y si en su locura se convierten en enemigos peligrosos, es preferible que desaparezcan.

—Bien, doctor Livingstone, confío en usted y en sus muchachos.

—Mis hombres responderán.

—El capitán Xacman también.

—¿Será el capitán Xacman quien tripule la nave?

—Sí, nadie más apto que él. Tiene gran experiencia como cosmonauta, conoce la Luna muy bien e incluso ha estado en varias ocasiones en el área que suponemos es el foco de la locura que nos está exterminando.

—Bien. Me han dicho que ha llegado con una mujer.

—Así es.

El doctor Livingstone, siempre mirando la astronave de la que se sentía orgulloso, pese a no poder comprobar su total funcionamiento por falta de la energía precisa, observó:

—Dentro de siete días, como máximo, estará lista.

—Entonces, tendremos que enviar ya la expedición para conseguir el cartucho energético.

—¿Cuánto tardarán en esa operación?

—Cinco días, entre ida y vuelta.

—Pues ya puede ir disponiendo la expedición. Cuando ellos estén fuera, realizaremos la maniobra de extracción de la materia fisionable necesaria para que la bomba quede lista.

—Sí, es mejor que esta operación se realice con la expedición fuera por si ocurre algún accidente desagradable.

—Eso iba a sugerirle, general. Corremos algunos riesgos y estaremos expuestos a fugas importantes de radiaciones, la operación de trasvase será dificultosa. La pila atómica tiene energía para varios siglos, pero no está ideada para que se le extraiga el elemento combustible para fabricar bombas.

—Tomaremos todas las precauciones. La muchacha que ha llegado con el capitán Xacman partirá con él; por lo menos, quedará una pareja apta para reproducirse.

—Ella no es la única mujer en el refugio.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué le parece si a la misión enviamos todo parejas?

—Es una buena idea, pero tenga en cuenta que pueden fracasar. Componga dos grupos de parejas, uno que se marche y el otro que permanezca aquí. De este modo, ocurra lo que ocurra, siempre quedarán parejas.

—Estamos luchando por la supervivencia de nuestra especie y tomaremos todas las medidas para evitar sucumbir. Si nosotros desaparecemos, todo se habrá perdido. Tantos milenios de lucha para superarnos y evolucionar, y ahora la desaparición. No, no

permitiremos que eso suceda y el que caiga no estorbará con su caída a los que sigan caminando hacia adelante. Escogeremos a las parejas más jóvenes para la expedición.

—Sí, es lo más acertado. El joven ingeniero McFaber podrá ir con Xacman. Esta nave puede dar cabida a tres parejas, aunque irán muy justas de espacio. No estamos construyendo una gran nave, sino una nave de emergencia.

—Será suficiente. Además, si logran cortar ese flujo maligno que nos enloquece, por diferentes puntos del planeta aparecerán hombres y mujeres que todavía no han sido víctimas de la locura y se encontrarán entre ellos.

—Mi opinión es que ya no quedarán muchos cuerdos diseminados por la Tierra y a medida que pasen los días quedarán menos.

—Por mucha destrucción que estemos viviendo, no puedo convencerme de que todo termine, de que nuestra especie corra el riesgo de desaparecer.

—Pues esa posibilidad está latente, es la posibilidad que tiene más probabilidades de cumplirse. Yo le daría el noventa y cinco por ciento, general.

—¿Tenemos sólo un cinco por ciento de probabilidades de éxito?

—Sí, y eso siendo optimistas, pero no lo diga a los demás. El desánimo es trágico cuando está en juego la supervivencia.

CAPÍTULO V

Estaban listos dos atom-hover-craft utilitarios y uno grande que llevaba un sistema completo de grúa para poder cargar sobre su caja los objetos que hiciera falta transportar.

Helga estaba resplandeciente. Parecía que todas las preocupaciones hubieran huido de su persona. Había recibido satisfecha la noticia de que acompañaría a Sthenos Xacman en la expedición hacia el Norte en busca del cartucho energético que necesitaban para propulsar la nave espacial.

El general Volenkov se presentó en el hangar de salida donde le aguardaban las tres parejas que iban a partir, debidamente equipadas con trajes de protección de la milicia espacial. Todos iban armados con fusiles flash, ya que era muy probable que tuvieran que enfrentarse con hordas de locos agresivos.

—Muchachos, es vital la misión que van a llevar a cabo. Mientras estén fuera, aquí seguiremos preparando la nave que viajará a la Luna. Cada vida es muy importante, no podemos arriesgarnos a perder ninguna, pero, óiganlo bien, quedará en sus conciencias llevar a cabo unas órdenes a cumplir, unas órdenes concretas. Si alguno de ustedes cae víctima de la locura, los demás deberán eliminarlo sin paliativos. Deben concienciarse de que esa locura es irreversible, tendrán que dejar a un lado sus sentimientos personales y si ese caso llega, ejecutarán a quien enferme. Los demás tienen que regresar.

—Regresaremos, general —manifestó Helga, espontánea.

—Todos aquí los estaremos esperando. Capitán Xacman...

—Sí, general.

—Usted será el comandante de la expedición. —Se volvió hacia el joven ingeniero McFaber y añadió—: Usted cuidará del transporte y la vigilancia del cartucho energético.

—Regresaremos con el cartucho energético para que la nave funcione. El general se volvió hacia el tercer hombre y dijo:

—Kavarini, usted es el médico del grupo. Es posible que sufra algún tropiezo. Si hay heridas, actuará con energía y rapidez.

—Llevo mi botiquín de curas de urgencia, general.

—Bien, pero recuerde que si el mal es la locura, no deberá emplear otra cosa que su flash-fusil. Un loco agresivo, y cada uno de ustedes puede convertirse en un loco agresivo, podría destruir los vehículos de transporte o el cartucho de energía que les aniquilaría a todos y sería el fin total del proyecto «Phenix».

—Estaré vigilante, general. Conozco los primeros síntomas de esta locura.

—Manténgase con los ojos bien abiertos. En cuanto a las mujeres, todas y cada una tienen una misión que cumplir, pero nunca, en ningún momento, salvo locura de alguien, deben separarse de sus respectivas parejas.

Las parejas subieron a sus respectivos vehículos.

Abrió la marcha Sthenos Xacman y tras él se colocó McFaber y Nicole con el vehículo transporte que llevaba enrollada una extraña tienda de campaña, compuesta de pesadísimas telas a base de filamento de plomo, acero y asbesto.

Cerraba la marcha Kavarini y Andrea.

Hombres y mujeres mantenían cerca de sí los flash-fusiles. Helga había aprendido con rapidez el manejo del arma; no le gustaba su contacto, pero ella, quizá mejor que nadie, sabía lo necesaria que podía resultar en determinados momentos.

El faro del vehículo atómico iluminó el amplio túnel ascendente

que habría de llevarles al exterior La gran puerta se izó con las rocas que la disimulaban y una vez hubieron abandonado el refugio los tres vehículos, la entrada se cerró automáticamente. Ya nada quedaba allí que delatara la existencia del profundo refugio en el que unos hombres no contaminados por la locura llevaban a cabo el proyecto «Phenix».

El día era espléndido y el cielo azul, sin nubes. Todo había sido calculado. La Luna no podía ejercer su nefasta influencia sobre ellos porque se hallaba en el lado opuesto del planeta.

Sthenos Xacman tomó dirección Norte. Los vehículos aumentaron su velocidad progresivamente. Los tres atom-hover-craft se separaron entre sí ante la posibilidad de sufrir un ataque, ataque que no esperaban de inmediato, pero que podían sufrir en un momento dado cuando se acercaran a las metrópolis en su camino hacia el Norte, pues su objetivo aún quedaba lejos.

Tenían que atravesar Estados Unidos y llegar a la provincia de Manitoba, en Canadá; en el parque nacional de Riding Mountain estaba el depósito de cartuchos energéticos para naves espaciales. Todos confiaban en que el centro de distribución de energía envasada, dispuesta para su uso inmediato, no hubiera sido saboteado.

—¿Te encuentras bien, Helga?

—Tan bien que no me importaría morir ahora.

—No digas eso. Ahora hay que vivir más que nunca.

—Tienes razón. Si morimos nosotros, el proyecto se viene abajo.

—Sí, y si hacemos bien el trabajo, tendremos un futuro interesante.

Helga quiso preguntarle a Sthenos si después de que todo pasara y si salían con vida, desearía continuar siendo su pareja. Prefirió callarse; quizá, en aquella pregunta, había un deseo excesivo de captación por su parte. Lo deseaba sólo para ella.

—¿Alguna preocupación? —inquirió Sthenos al observar que Helga se había callado de pronto.

—No, no tengo ninguna preocupación, aparte de las que ya conoces.

—Hemos de trabajar duro para el futuro y hemos de vivir el presente hasta apurarlo. No sabemos si mañana estaremos vivos y no quisiera parecerte pesimista con estas palabras.

—Sé cómo eres, Sthenos, sé que estás lejos de ser un pesimista y estoy de acuerdo contigo en apurar el presente.

Sthenos puso en marcha el telecomunicador láser que le unía a los dos vehículos que le seguían, una señal que nadie podía interceptar.

—McFaber, ¿me escuchas?

—Te escucho, Xacman.

—Y tú, Kavarini, ¿me oyes?

Salió la voz de Andrea, diciendo:

—Os escuchamos. Kavarini sonríe, hace dos meses que no veía el cielo, un cielo muy limpio y agradable y aquí no hace tanto calor como en el refugio.

—Escuchadme... Vamos a coger la carretera del Este y a unas doscientas millas tomaremos la autopista continental Sur-Norte. Una vez en ella, aumentaremos algo la velocidad para llegar a Canadá antes de la noche.

—Enterado —asintió McFaber.

Desde el tercer vehículo respondieron también ahora el propio Kavarini:

—Enterado también; os seguimos.

Los vehículos se hallaban relativamente cerca unos de otros, mas a simple vista ya no se veían, había que usar la telecámara para poder verse en la pantalla de los salpicaderos mientras los atom-hover-craft seguían avanzando gracias al colchón antigravitatorio que les separaba del suelo y al propulsor de popa.

El radar automático movía el vehículo de tal forma que jamás podían chocar contra un obstáculo fijo o en movimiento mientras fuera a una velocidad inferior a la del propio vehículo conducido por Xacman.

Llegaron sin dificultad a la gran autopista antigravitatoria,

aquella gran obra viaria que iba desde la Tierra de Fuego, al sur de Argentina, hasta Groenlandia, atravesando todo el continente americano, su cono sur y el cono norte, enlazando países y las principales megápolis y metrópolis.

Aquella autopista se había construido en la conmemoración del nacimiento de la Confederación Terrícola en la que todos los países se habían unido por primera vez en la historia de la Humanidad.

Vías análogas se habían tendido en Asia, África y Europa, aunque estos tres continentes estaban unidos entre sí, ya que las autopistas saltaban de un continente a otro por Turquía y por España y Marruecos gracias al macropuente que salvaba el estrecho de Gibraltar.

Las redes viarias era algo que los locos no se habían dedicado a destruir, ya que no resultaba tan divertido y fácil como incendiar un edificio con todo su contenido, incluidos seres humanos.

Pasaron junto a las metrópolis de la frontera, la antigua frontera entre los Estados Unidos de México y los Estados Unidos de América. Se podían ver columnas de humo a distancia y no eran el resultado de alguna combustión fabril, sino siniestros.

Las hordas enloquecidas seguían adueñándose de todo, destruyendo antes de perecer. No se detuvieron en parte alguna. Nada podían hacer por evitar aquel caos, aquella destrucción que no venía de ejércitos invasores sino de grupos de psicópatas que no podían ser frenados por nadie, ya que no existía organización alguna que pudiera oponérseles.

Los miembros de policías y ejército habían enloquecido también. Era muy deprimente y trágico ver toda aquella destrucción. Divisaron una gran humareda que procedía del Oeste.

—¿Qué será eso? —preguntó Helga.

—Bosques, bosques enteros que están ardiendo y que nadie puede apagar, y el fuego avanza según el aire.

—¿Y no se detendrá el fuego?

—Si no llueve o el fuego llega a puntos rocosos, no se detendrá. Incendian una casa, el fuego se propaga a los árboles vecinos y luego se expande por bosques enteros. Si conseguimos salvar al planeta, habrá luego una ciclópea tarea de reconstrucción y repoblación. Sin

duda, habrá muchos edificios y factorías que no será posible reconstruir y que será mejor olvidar para que sea el tiempo quien termine de demolerlos. La autopista, en sí misma, sirve de cortafuegos; esperemos que ese que se acerca hacia aquí quede frenado.

Se adentraron en los Estados Unidos. Ascendieron junto al Mississippi y siguieron rumbo Norte.

—McFaber, Nicole, Kavarini, Andrea, os habla Xacman.

—A la escucha.

—A la escucha —respondieron.

—Dentro de media hora nos detendremos en un lugar tranquilo, lejos de toda ciudad. Haremos un alto en el viaje para comer y estirar las piernas.

Pasaron los minutos y abandonaron la autopista, yendo hacia un prado que se hallaba protegido por una masa arbórea.

Las tres parejas saltaron de sus respectivos vehículos y dispusieron la vigilancia de tal forma que dos parejas podían descansar tranquilas y pasear sin armas mientras la pareja vigilante sostenía su flash-fusil por si se presentaba algún peligro.

Helga iba a quitarse el yelmo protector. Xacman se dio cuenta y se lo impidió.

—No, no lo hagas, ya conoces las reglas. Además, siempre es una protección contra cualquier golpe imprevisto.

—De acuerdo —se resignó ella, desacostumbrada a la disciplina miliciana.

Comieron y descansaron sobre la hierba. El ambiente resultaba muy bucólico; gorjeaban algunos pájaros y se escuchaba el rumor del viento filtrándose entre el follaje de la arboleda.

No había ruidos de civilización ni de motores, ningún vehículo discurría por la autopista. Cada ciudad quedaba aislada de las demás porque los locos, carentes de todo razonamiento, no se trasladaban de un lugar a otro. Destrozaban los vehículos y se agrupaban en pandillas que callejeaban hasta que llegaba la noche. Después, se hacinaban para dormir y al día siguiente, lo mismo. Así, les llegaba el hambre, se exasperaban más y más y la sangre hacía su aparición. Los que aún no

habían enloquecido no se atrevían a huir hacia las autopistas porque sabían que éstas les llevarían a ciudades que estarían en idénticas condiciones o peor que las que abandonaban.

La única solución era refugiarse en algún lugar donde hubiera comida y agua y así resistir hasta el fin.

—Si la locura no hubiera llegado al planeta, tú y yo no nos habríamos conocido jamás, Sthenos.

—Sí, es muy posible que nuestras vidas no se hubieran cruzado. Posiblemente, yo estaría ahora viajando hacia alguno de los satélites de Júpiter.

—¿Lo hubieras lamentado?

—No se puede lamentar lo que se desconoce.

—Es cierto, pero…

—Antes que mi propio placer, hubiera deseado que nada ocurriera, que la Humanidad no hubiese enloquecido.

—Siempre tienes razón, debo parecerte una pequeña egoísta.

—Tú has visto la muerte muy de cerca y ahora que asomas esa naricita respingona hacia la vida, es lógico que pienses en ser feliz. Te comprendo.

Se incorporó sobre su propio cuerpo, se ladeó hacia Helga y le levantó la mirilla del yelmo para verle mejor el rostro. La besó en los labios, aunque con la lógica dificultad. Ella, siempre boca arriba, cerró los ojos.

—Si tú mueres, yo moriré también, Sthenos. No quiero traer al mundo hijos que sean de otro.

—¿Ni por salvar a la Humanidad?

—Ni por salvar a la Humanidad, ya sabes que soy una egoísta.

—Una divina egoísta. Y volvió a besarla.

Los tres vehículos se pusieron en marcha, reanudando viaje.

Al atardecer cruzaron la frontera entre Estados Unidos y Canadá gracias a la alta velocidad de ruta que alcanzaban al viajar por la autopista en las cercanías de las ciudades, pero como eran obstáculos fijos, no constituyeron ningún serio peligro para Xacman y quienes le seguían.

Tuvieron que encender los faros cuando llegaron a las inmediaciones de Riding Mountain.

Conociendo la maligna influencia de la Luna con su foco de emisor de extrañas radiaciones que psicotraumatizaban a los

habitantes de la Tierra, no deseaban verla por parte alguna.

Las Riding Mountain les ofrecieron un paisaje nevado, un paisaje invernal que habría resultado hermoso si no supieran que debajo del manto de la nieve se acumulaban toneladas y toneladas de basura entre las que se mezclaban restos humanos.

En las ciudades frías, los locos habían de perecer con mayor rapidez, ya que carecían de todo servicio organizado y cuando las noches llegaban, el frío congelaba sus cuerpos. Cada mañana, millares de seres enfermos por las malignas radiaciones aparecían cadáveres.

Prosiguieron viaje en dirección a los depósitos de energía que estarían sin vigilancia alguna. En tiempos normales, aquellos depósitos eran custodiados por la milicia debido a su gran importancia y también el peligro que podían suponer.

Si por cualquier accidente la energía almacenada entraba en una reacción en cadena, se liberaría tal cantidad de calor que arrasaría todo rastro de vegetación hasta Centroamérica y derretiría los hielos del Polo Norte.

Llegaron al fin a las instalaciones de los depósitos energéticos, rodeados por cercas y más cercas de protección, todas cerradas.

—¿Habrá alguien dentro? —preguntó Helga, mirando las rejas y la nieve que todo lo cubría.

—No creo. Seguramente los cierres se colocaron automáticamente.

—No tenemos llaves ni nada.

—Harán falta claves, pero entraremos de todas formas. —Abrió el contacto con los otros dos vehículos y ordenó—: Deteneos y guardad la distancia. Las puertas están cerradas y tendré que abrirlas. Si escucháis ruidos o explosiones, no os preocupéis.

Sthenos se apeó del atom-hover-craft y holló la blanca nieve con sus pesadas botas milicianas. Apuntó con el flash-fusil a los cierres de la puerta y disparó.

El acero enrojeció, se retorció después y terminó por fundirse. Automáticamente comenzó a sonar una ululante sirena.

—Es la alarma, no te preocupes —le dijo a Helga. Volvió a

disparar hacia las jambas de la puerta. No quiso tocar las rejas porque supuso que se habría puesto en marcha la electrificación de todas las cercas.

La puerta, sin sostén, se vino abajo. No obstante, la alarma automática había accionado todo el circuito de defensa y las puertas de los almacenes construidos en hormigón se hallaban ahora reforzadas por paneles de acero.

Sthenos Xacman regresó al vehículo y reanudó la marcha pasando por encima de la verja abatida. Aquel lugar poseía grandes espacios libres y sólo se elevaban tres edificaciones de hormigón. Dos de ellas eran de una sola planta y la tercera, equidistante de las otras, tenía dos plantas y debía haber constituido el área de administración y control de almacenamiento.

Xacman detuvo el atom-hover-craft frente al edificio de administración y los otros dos vehículos se le acercaron. Era ya de noche, mas la Luna aún no había hecho su aparición.

La sirena, inquietante y molesta, proseguía con su ulular de alarma.

—Rápido, McFaber, tenemos que preparar el toldo antirradiaciones antes de que salga la Luna.

Entró en funcionamiento la grúa que descargó la tela enrollada.

—¿Dónde la preparo?

—Bajo el porche, así estaremos al abrigo de la nieve.

—¿Y si entráramos en algún edificio? —propuso Andrea.

—No tenemos tiempo —gruñó Sthenos, mirando la hora en su reloj—. Mañana tendremos trabajo en forzar esas puertas de acero que ahora nos impiden el paso. Dejaremos mi vehículo cerca, conectado con una manguera de inyección de aire caliente, y así no pasaremos frío.

Procedieron a instalar la tienda provisional bajo el porche. La Luna asomaba ya por el Este.

—Vamos, rápido, adentro —apremió Xacman.

Las tres parejas se encerraron en la tienda. Allí tenían colchones

hinchables, comida y el aire caliente que suministraba el atom-hovercraft. Todo parecía en orden; no iba a resultar la mejor noche, pero había que protegerse bajo aquella tela aislante durante unas cuantas horas. Al día siguiente tendrían mucho trabajo para entrar en los almacenes, ya contaban con las dificultades con que iban a enfrentarse.

Cenaron y se dispusieron a dormir.

Helga y Sthenos enlazaron sus manos y lo mismo hicieron las otras parejas. Todo había ido perfectamente hasta aquel momento, no había por qué temer que algo malo y desagradable sucediera.

Helga se durmió tranquila, sintiendo a Sthenos cerca, pese a la molesta sirena que no enmudecía. Kavarini tenía la misión de vigilar por espacio de tres horas; luego, despertaría a McFaber que realizaría su turno sentado dentro de la tienda, pero con el flash-fusil en las manos.

Helga despertó bruscamente, sobresaltada. No tenía conciencia de que hubiera estado inmersa en ninguna pesadilla, mas tuvo sensación de miedo. Gracias a la débil luz piloto que se mantenía encendida dentro del refugio, descubrió a McFaber que regresaba del exterior.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha, apenas sin voz.

—Nada, nada, he tenido que salir por una urgencia.

—¿Urgencia?

—Sí, una urgencia que nadie podía hacer por mí.

Helga sonrió y volvió a cerrar los ojos. Cuando los abrió de nuevo, se hacía de día y su olfato fue el primer sentido que despertó al oler a café.

—Hum, qué bien huele.

—Hay café y tostadas para todos —anunció Sthenos. Por tener el último tumo de la guardia, se había convertido en el cocinero del desayuno—. Hay que comer fuerte, hoy vamos a tener mucho trabajo, un trabajo duro.

Todo parecía estar bien. Desayunaron con verdadero apetito y tuvieron media hora de ocio y aseo personal. Incluso, las muchachas

comenzaron a hacer bolas de nieve y a lanzárselas unas a otras entre risas durante breves minutos. Sthenos no quiso cortar aquella espontánea alegría en la nieve; quizá sería el último juego de las chicas.

—¿Qué hacemos, McFaber? ¿Empleamos los flash-fusiles o el taladro láser?

—Emplearemos el láser; podremos cortar la plancha de las puertas con el fundidor.

—Entraremos en la sección de control, a ver si podemos desconectar los sistemas de alarma.

—Pues comencemos, tenemos todo un día por delante.

—Por los datos que poseo, el espesor de las puertas es de tres pulgadas de aceros aleados. Estos almacenes son muy sólidos y no es fácil entrar para llevarse la energía envasada. Ya has visto que todos los sistemas automáticos de defensa funcionan perfectamente.

Dejaron la tienda montada y se dedicaron a atacar una puerta pequeña. McFaber tenía los datos necesarios.

McFaber y Kavarini acometieron contra la puerta empleando el soplete cortador. Irían turnándose, ya que la tarea resultaría agotadora debido a las aleaciones con que fueran construidas aquellas puertas. Incluso, las paredes de hormigón estaban reforzadas contra seísmos. Bailaría el suelo, pero no sería fácil que las paredes se derrumbaran.

A cierta distancia, las tres muchachas y Xacman, observaban. Helga preguntó:

—¿Esas radiaciones que fluyen de la Luna son fortuitas?

—No lo sabemos, todo son hipótesis. Cuando estemos en la Luna, si es que llegamos, lo averiguaremos.

—¿Y si alguna expedición de alienígenas ha provocado esas radiaciones a propósito para eliminar la vida humana en la Tierra?

—Si es lo que sugieres, tendremos que luchar hasta la muerte.

Por su parte, Andrea observó:

—También podría tratarse de un grupo de humanos nacidos en la Luna.

—Sí, es otra posibilidad. No llega ninguna señal de telecomunicación de la Luna ni de los otros planetas o estaciones flotantes en el cosmos. Todo lo exterior a la Tierra ha quedado en silencio, pero podría ser que allí estuviera esperando un grupo de lunáticos. Sabido es que los nacidos en la Luna han sufrido pequeñas mutaciones, quién sabe si ellos tratan de eliminamos a nosotros.

Nicole opinó:

—En varias ocasiones he oído que ellos se sienten diferentes y que deseaban la independencia de la Luna, lo mismo que hace siglos los emigrantes europeos que llegaron a Estados Unidos obtuvieron su independencia de Inglaterra.

—La situación no es la misma —corrigió Xacman—. Se fundó la Confederación para convertir a toda la Tierra en una nación única y se trabajó por la igualdad de todos los terrícolas. La Luna no ha de ser diferente, lo que no impide que los lunáticos tengan esa tendencia independista. Si ellos hubieran provocado esas radiaciones, sería horrible, es como si nos hubieran declarado la guerra sin avisar, destruyendo millones y millones de vidas sin posibilidad alguna de defensa.

—Si son ellos —añadió Andrea— estarán vigilando la Tierra constantemente para observar la evolución y degradación de su ataque a los cerebros de los terrícolas.

—Sí, es una posibilidad; por ello no debemos dejarnos ver. Si la hipótesis que estamos barajando fuera cierta, sería fatal que nos descubrieran.

—¿Cómo evitaremos que nos descubran los supuestos lunáticos o alienígenas que estén en la Luna si hemos de viajar hacia allá?

—Es una pregunta fácil de responder, Helga. Despegaremos de la Tierra cuando la Luna se halla en el lado opuesto a la base de lanzamiento. No orbitaremos la Tierra, saldremos disparados hacia el espacio en dirección opuesta a la Luna, a gran velocidad, y siempre con unos grados de inclinación que compensen en la misma dirección la orbitación de la Luna en tomo a la Tierra. De este modo, la propia Tierra siempre nos eclipsará respecto a la posible observación desde la Luna. Cuando hayamos rebasado sobradamente la línea elíptica de orbitación lunar, daremos la vuelta y viajaremos hacia la cara oculta de la Luna.

—O sea, que llegaremos por detrás del foco de radiación —

completó Andrea, que seguía atentamente la explicación de Xacman.

—Eso es. Ellos, si es que existe alguien vivo, tendrán todos los sensores orientados hacia la Tierra y no a su espalda. Bueno, me voy a relevar a McFaber, estará sudando.

Sthenos Xacman reemplazó a McFaber, que, efectivamente, estaba sudando.

El calor que se producía por la acción del soplete sobre la pequeña puerta era difícil de soportar. No iba a ser fácil cortarla. De intentar lo mismo con una de las puertas grandes del almacén, habría sido un trabajo ímprobo que podía durar quizá un par de semanas.

Mientras, la ululante sirena de alarma continuaba sonando como había hecho durante toda la noche, aunque los seis habían conseguido dormir por haberse acostumbrado pronto a su penetrante sonido.

CAPÍTULO VI

La sirena ululó toda la noche y todo el día, sin posibilidad de acallarla, ya que no podían entrar aún en las instalaciones de los almacenes. La puerta con la que se habían enfrentado no estaba cortada totalmente; faltaba poco, un trabajo de media hora, quizá unos minutos más; sin embargo, Sthenos Xacman dio la orden.

—A la tienda. La Luna va a salir de un instante a otro y no podemos exponernos a sus radiaciones. Hasta ahora, todo ha ido muy bien.

—Un poco más y abrimos la puerta —pidió McFaber.

—Mañana, a primera hora, continuaremos. Echaremos la puerta abajo y desde la sala de control tendremos el almacén a nuestra disposición. Cerraremos de una vez esa condenada sirena.

—¿No habrá peligro de que termine oyéndola alguien? —preguntó Helga. Xacman respondió:

—No creo, estamos en una región muy aislada. No hay casas en muchas millas a la redonda y todos sabemos que las hordas de los locos no se alejan de las ciudades y menos en las regiones frías; necesitan lugares donde esconderse.

Se refugiaron en la tienda. Aunque no podían considerarla un aislante total, sí lo era en parte. Cenaron, distribuyeron las guardias y se dispusieron a descansar.

Lo mismo que la noche anterior, la ruidosa sirena de alarma no fue obstáculo para que se durmieran. Sthenos despertó inquieto, con una sensación desagradable que no sabía a qué atribuir. Miró su reloj y comprobó que había pasado la hora.

McFaber debía haberle despertado para que él hiciera la guardia correspondiente.

—¡McFaber!

La llamada no fue hecha en tono alto, pero sí lo suficiente para ser oído. No halló respuesta y se incorporó sobre la colchoneta. A su lado, Helga dormía plácidamente; tuvo deseos de acariciarle los cabellos, mas se contuvo para no despertarla.

La colchoneta de McFaber estaba vacía y Sthenos frunció el ceño. Se levantó, se puso la guerrera y cubrió su cabeza con el yelmo. Tomó el flash-fusil y se asomó a la entrada de la tienda.

—¡McFaber!

La persistente sirena de alarma fue la única respuesta. La Luna brillaba espléndida en el firmamento. No había alcanzado el plenilunio, pero poco le faltaba, tan sólo dos jomadas para que adquiriera su mágica redondez.

Sthenos salió al exterior, arriesgándose a caer bajo el influjo de las radiaciones malignas; sin embargo, había pasado muchas noches bajo la influencia lunar desde que se propagara por el planeta el terrible mal de la locura. Alguna protección debía tener en su cerebro cuando no había enloquecido aún, por ello se arriesgó.

Descubrió a McFaber frente a la puerta, con el soplete cortador en la mano.

Se hallaba encarado con la puerta que durante todo un día no habían conseguido derribar.

—¡McFaber!

McFaber volvió su cabeza que estaba sin protección.

—Ah, hola, Xacman. Me aburría en la guardia y he decidido aprovechar el tiempo.

—Maldita sea, McFaber. ¿No sabías que las órdenes de no abandonar la tienda son tajantes?

—Sí, pero hay que ganar tiempo Mira, mira... —La plancha, de varias pulgadas de espesor, se movió—. ¡Un poco más de soplete y tendremos la puerta abierta!

—¡Estúpido, suelta el soplete y regresa a la tienda!

McFaber empujó la pequeña pero pesadísima puerta y ésta cayó al suelo, hacia el interior de la edificación.

Sthenos no pareció alegrarse lo más mínimo por el derribo de la puerta.

—Vamos, McFaber, a la tienda en seguida. Ya te has expuesto demasiado al flujo de las radiaciones lunares.

—Bah, sólo ha sido un momento y aquí estamos protegidos por el voladizo de hormigón.

—¡A la tienda!

—Está bien, está bien —masculló—, pero hemos ganado tiempo.

Sthenos Xacman dio una ojeada hacia la puerta ya abierta y anduvo tras McFaber sin preocuparse de internarse en la instalación para por lo menos silenciar la sirena.

McFaber parecía un tanto enfurruñado porque Xacman no había aceptado bien su trabajo. Ya en la tienda. no dijo nada y se acostó.

Sthenos hizo su guardia con el ceño fruncido. Al paso de una hora, se encogió de hombros. Después de todo, no tenía que suceder forzosamente algo desagradable por lo que había hecho McFaber, aunque resultaba extraño que éste no hubiera tomado precauciones siendo un científico como era.

McFaber había actuado de una forma poco consecuente y hasta estúpida, pues no había tenido en cuenta las normas impuestas antes de abandonar el refugio para evitar enfermar de la mente.

* * *

Mientras, en el refugio de México, el general Volenkov seguía muy de cerca la labor del doctor Livingstone.

Una parte de la pila nuclear que por decenas de años debía brindar energía al refugio iba a convertirse en parte esencial de una bomba de fisión con veinte mil megatones de potencia.

Todos los que trabajaban en las entrañas del refugio se hallaban embutidos en los trajes antirradiactividad. Toda la mecánica y el armazón de la bomba estaba va preparado. Hacía más de un siglo que se había desechado el tipo de bomba fisión-fusión-fisión para obtener la potencialidad de la bomba H. Ahora, mediante un sistema más complejo y eficaz, se obtenía la fusión- fisión directamente, sin emplear el ya casi arcaico uranio 235.

Nuevos elementos radiactivos habían sido conseguidos por la tecnología científica. Todo estaba previsto; sólo hacía falta colocar dentro de la aparentemente pequeña bomba nuclear de fisión cinco kilos del núcleo radiactivo de la pila nuclear.

—¿Cómo va eso, doctor Livingstone? —preguntó el general, vestido también con un traje antirradiactivo.

—Es una labor dificultosa, la pila está diseñada para que se use su contenido y luego quede anulada totalmente. Extraer una parte de su núcleo es peligroso, hay que romper todos los circuitos de seguridad, extraer lo que necesitamos y volver a cerrar. Tendremos una inevitable fuga de radiactividad.

—¿No se podrá evitar?

—Esperemos que esa fuga sea mínima, general.

—¿Y si es importante?

—Pues los que estemos cerca podemos encontrar una muerte rápida.

—¿Y los que se hallen en otras partes del refugio?

—Si ocurre una gran desgracia, me temo que tarde o temprano morirán de cáncer.

—Podríamos enviar a la mayor parte del personal fuera del refugio.

—Sí, pero si existe una fuga de radiactividad, no podrán volver a entrar en varias semanas, y ello, funcionando los extractores y limpiadores, y si se quedan fuera, estarán expuestos al flujo de los rayos que provocan la locura.

—De modo que o se muere de una enfermedad o se muere de otra…

—Me temo que sí, general —contestó con un suspiro de desaliento—, pero todavía no es seguro que tengamos una fuga importante.

—Adelante. Mientras, me voy a encargar de que parte del personal se prepare para salir al exterior.

—Cuando tengamos la bomba cargada, la introduciremos en la nave espacial y luego la arrastraremos hacia el túnel de salida con los tractores. Será el momento de la gran prueba; si se encalla dentro del túnel, jamás podremos salir ni nadie podrá entrar, será como un tapón.

—Todo son problemas, doctor Livingstone.

—Sí, todo son problemas, ésa es la realidad de la que no podemos evadirnos, general. Esperemos que las tres parejas de jóvenes tengan suerte y logren regresar con el cartucho energético desde Manitoba.

—Yendo el capitán Xacman como comandante, hay muchas posibilidades de éxito.

La sala de energía, con la pila atómica en su centro, hundida en un pozo de aislantes de diferentes clases, había sido despejada. Sólo quedaron cuatro hombres y uno de ellos era el doctor Livingstone.

Allí también estaba preparada la bomba que debía ser cargada. Resultaba muy pesada, pero era de tipo pequeño, no tenía más de tres metros de largo por un diámetro de ochenta centímetros. Tenía varias capas de seguridad envolviendo la cavidad en que debía ir encerrada la materia fusio-fisionable.

—¿Preparados para conectar la energía de emergencia?

—Sí, doctor —respondió uno de sus ayudantes.

Conectaron una palanca y la energía extraída a un potente atom-hover-craft de transporte iluminó la sala al tiempo que uno de los ayudantes desconectaba todos los circuitos de la pila atómica, deteniendo su reacción constante.

El doctor Livingstone dio una ojeada a los paneles de control y observó las luces verdes y rojas. Unas indicaban el paro general y otras, la posibilidad de acercarse para efectuar alguna posible reparación por deterioro; mas no se trataba de reparar, sino de arrancar a la pila una parte de su potencia y la pila, como poseedora de vida propia, se defendería.

El doctor Livingstone lo sabía y no quería demostrar que tenía miedo. No lo hubiera tenido si se hubiera tratado de reparar una grieta, una fuga peligrosa de radiactividad, mas ahora se trataba de pasar la pila de la actividad a la pasividad, abrirle el cuerpo como a un ser humano y buscar el corazón donde la sangre saltaría a borbotones y correrían el riesgo de que el chorro de la supuesta sangre les salpicara la cara.

—¡Adelante, romped los sellos!

Los tres hombres rompieron los sellos que ocultaban las grandes tuercas que fijaban la tapa visible de la pila. Con grandes llaves, una a una, fueron quitando las tuercas mientras desde el techo descendía el gancho de una grúa accionada electrónicamente por la energía de emergencia.

—La tapa ya puede ser izada, doctor Livingstone.

—Pues, arriba.

El gancho de la grúa enlazó la gran argolla de la tapa y comenzó a subirla. El contador Geiger sonó con estridencia. El plomo, perennemente fundido y que impedía cualquier filtración de aire o humedad, goteó por los bordes de la pesada tapa que se elevaba ya por encima de las cabezas de los hombres que se fueron aproximando con inusitado respeto al monstruo energético que daba vida al refugio.

Dentro del gran círculo descubierto aparecieron otros círculos menores, no menos de dos docenas. Los había oscuros, formando un circuito en tomo al núcleo; había cuatro que irradiaban luz blanco amarillenta y uno más grande en su centro que tenía un color cinabrio vivo.

—Qué hermoso es este infierno que tenemos aquí envasado, dominado —comentó el doctor Livingstone, protegido por casco y mirilla, lo mismo que cada uno de los círculos que poseía cristales de gran espesor que aislaban la energía del exterior.

—Estamos sobre un pequeño sol concentrado, doctor —opinó uno de sus ayudantes.

—Sí, con el peligro de que se expanda y lo domine todo. La energía aquí contenida, mal utilizada, podría destruir la mitad del planeta y no sólo en su superficie, pues todo él sufriría el caos de grandes terremotos y maremotos.

Uno de los ayudantes, pensativo, observó:

—A veces, doctor Livingstone, pienso que la ciencia ha ido demasiado lejos y que si tenemos un error lo vamos a pagar muy caro.

—Sí. Desde que aprendimos a dominar la energía nuclear, de ello ya hace siglos, siempre hemos estado corriendo el riesgo de hacer desaparecer todo vestigio, de vida en la Tierra.

—Sí, pero lo que está destruyendo ahora toda nuestra civilización es ese enigmático flujo que viene de la Luna y que aniquila las mentes humanas. Y, paradójicamente, tendremos que utilizar la peligrosísima energía aquí encerrada para liberamos de la otra energía maligna.

—Es cierto, se trata de una lucha de energías. El hombre las maneja, cuando sólo es un ser insignificante al lado de tanta y tanta potencia aquí concentrada.

—Doctor, físicamente sí somos insignificantes, pero el poder de nuestras mentes, capaces de dominar estas energías, ha de considerarse muy grande, tan grande que está por encima de la potencialidad nuclear.

—No son poderes comparables, pero acepto su observación. Ahora salgamos de la sala. La extracción y carga de la bomba se efectuará mediante los brazos articulados.

Abandonaron la nave de la pila nuclear. Cerraron bien las compuertas y a través de un pasadizo, se dirigieron a la cámara de los brazos articulados que poseía un cristal de gran grosor y con materias filtrantes a través del cual podían ver bien la pila atómica, ahora abierta.

—Muchachos, si ocurre algo desagradable hay que seguir adelante aunque nos cueste la vida. Hemos de descargar la pila, cargar la bomba, cerrarla y luego cerrar otra vez la pila y sellar las tuercas. Somos responsables totales de cuanto vamos a llevar a cabo y la vida del refugio depende de nosotros ahora.

Alzó sus manos y las metió dentro de los guantes de los cuales partían una serie de cables que ascendían al techo. Al otro lado de la pared, es decir, en la sala, había unos grandes brazos metálicos articulados con sendas manos en sus extremos, gigantescas y también metálicas. Tenían mucho de esqueléticas, sólo que poseían la fuerza de cien hombres.

El doctor Livingstone tenía delante una maqueta de la sala de la pila nuclear y fue moviendo sus dedos dentro de los guantes transmisores de impulsos en dirección a la pila de la maqueta mientras las manos gigantes iban a la pila auténtica, obedeciendo todos y cada uno de los gestos del hombre, como si las manos mecánicas fueran las suyas propias.

Se acercó al círculo de color rojo cinabrio y comenzó a

desenroscar la tapa de cristal.

Los indicadores comenzaron a oscilar marcando rápidamente las zonas rojas de peligro.

El doctor Livingstone, como si fuera un cirujano de gran precisión, siguió actuando con sus manos humanas sobre la maqueta mientras las manos mecánicas actuaban sobre la pila atómica.

Aquella pila atómica no se parecía en nada a las primitivas termonucleares que poseían circuitos de refrigeración costosos y antiecológicos que, además, eran de gran peligrosidad, siniestrabilidad y escaso rendimiento, considerando su costo de construcción y mantenimiento.

La mano articulada extrajo del interior del depósito un cilindro de materia radiactiva donde había varios más. Llevó por el aire aquel metal que irradiaba energía hasta la bomba que tenía su lomo abierto y lo introdujo en un compartimiento, separado de otro por un pequeño panel de porcelana y plomo.

Las manos mecánicas regresaron a la pila y taponaron el elemento con el cristal. Abrió otro de los círculos que despedían una luz blanco amarillenta y de inmediato se produjo una luz vivísima que les cegó.

—¡Doctor, ha entrado en reacción!

—Calma, se tratará de alguna partícula que quedaba.

Al doctor Livingstone no se le escapaba que la situación era sumamente peligrosa, mas no quería darlo a entender para que no cundiera el pánico. De la primera extracción del núcleo de la pila, en los dedos mecánicos debían haber quedado unas partículas que entraban en reacción. Casi cegado, prosiguió el trabajo. Tenía que terminar cuanto antes y cerrar los depósitos. La radiación que se estaba escapando había rebasado con creces los topes de seguridad y tarde o temprano tendrían que pagarlo.

Sus ayudantes, pese a las gafas y al cristal filtrante que tenían delante, no veían nada. El doctor Livingstone proseguía la extracción más por intuición que viendo lo que ocurría con sus propios ojos. Las pinzas habían sustraído un grueso cartucho del que se desprendía la intensísima luz blanco amarillenta y lo trasladaron a la bomba. Debía ser colocado en el compartimiento contiguo adonde fuera colocado el material anterior. Si fallaba, la reacción sería violentísima y la

exotermia, trágica para todos, ya que fundiría las paredes. El refugio se transformaría en un volcán que escupiría por el túnel hacia el exterior un río de magma del que formarían parte todos los hombres allí refugiados.

Por culpa de la pequeña reacción accidental, dos de los dedos de las manos mecánicas se fundieron y el cartucho extraído cayó al suelo. Rodó, irradiando su maligna radiactividad.

Los ayudantes del doctor Livingstone palidecieron intensamente. Si los brazos no alcanzaban a recoger el cartucho desprendido, nadie podría recogerlo; nadie podía entrar en la sala porque moriría inmediatamente.

—Esperemos que la suerte nos acompañe —musitó el doctor Livingstone haciendo gala de una gran calma.

Maniobró con sus manos y fueron descendiendo los brazos mecánicos. Las manos artificiales, con la falta de dos de sus dedos, semejaba que no iban a poder llegar hasta el cartucho de materia fisionable para recuperarlo.

—¡No llega, doctor, no llega! —advirtió nervioso uno de los ayudantes.

—Calma, muchacho, calma, todo no está perdido aún.

El doctor Livingstone, con gran sangre fría, extendió el dedo índice de la mano izquierda mecánica y tocó el cartucho haciéndolo rodar hacia la cámara de control.

La mano articulada pudo llegar a él y volvió a tomar el cartucho cuya luz se había hecho menos viva. Lo izó, metiéndolo en la bomba que cerró con las manos mecánicas, pieza a pieza, compartimiento a compartimiento.

—Ya está —suspiró el doctor Livingstone, inundado en sudor.

Los ayudantes respiraron, algo más tranquilos, aunque sabían que tenían que cerrar la pila y había un exceso de radiactividad ambiental que se propagaría por el resto del refugio, sin que nadie pudiera evitarlo, pese a las medidas de protección.

—Muchacho, cierra tú el interior de la pila —pidió el doctor Livingstone.

El ayudante, al ver a través de sus cascos protectores el rostro del doctor, tuvo la impresión de que el científico estaba sudando sangre. No hizo comentarios e introdujo las manos en los guantes que transmitían los movimientos a las manos artificiales que efectuaban los trabajos dentro de la sala de la pila nuclear.

El ayudante cerró las mirillas de la pila, mas no podía cerrar la pila completa, ése era un trabajo aparte.

—Muchachos, hay que seguir el trabajo.

—Doctor, pese a los trajes de protección, no podemos entrar, hay demasiada temperatura y un elevado nivel de radiación nociva.

—Lo sé, pero hay que entrar. No os pido que lo hagáis vosotros, lo haré yo mismo. —

Movió un resorte y llamó—: ¡General Volenkov, general Volenkov! ¿Puede oírme?

—Le oigo, doctor Livingstone.

—General, pasarán la bomba por el tren de lavado. Colóquenla en la nave y sáquenlo todo al exterior.

—No puede ser, doctor Livingstone, en el exterior sería detectada.

—Pues, déjenla en la boca de salida. Habrá un exceso de radiactividad en el refugio.

—¿Ha ocurrido algún percance?

—Sí, general. Una partícula ha entrado en reacción y si seguimos todos vivos es por pura suerte. Que todo el personal se coloque los trajes antirradiación.

—Así lo haremos, doctor, pero ¿la bomba estará lista?

—Sí, general, ya está lista, sólo hay que lavarla con ultradetergente. Hágame caso, saque toda la nave del refugio, de lo contrario las radiaciones se meterían en ella y sería peligroso para quienes viajen a la Luna.

—Bien, doctor, tomaremos todas las precauciones, pero usted, cuídese.

—No se preocupen más por mí, general, buena suerte. Yo ya he llevado a cabo mi misión, la nave y la bomba están listas. Suerte —repitió, y cortó.

El general Volenkov frunció el entrecejo; tuvo la impresión de que ya no volvería a ver vivo al doctor Livingstone.

Los ayudantes podían haber huido; sin embargo, fueron detrás del doctor Livingstone que se encaminó directamente a la puerta que daba acceso a la sala de la pila. No había forma de quitar la radiación, no era posible provocar un lluvia artificial, ya que la pila atómica estaba abierta.

—Quedaos aquí. Yo empujaré la camilla de la bomba y luego, cerrad la puerta; yo me encargaré de cerrar la pila.

—Doctor Livingstone, lo que usted pretende es la muerte —le advirtió uno de sus ayudantes con voz súbitamente enronquecida por la profunda ansiedad.

—Sé muy bien lo que pretendo. Alguien tiene que entrar ahí para que los demás vivan.

—Doctor, usted es el elemento más valioso ahora —le recordó uno de sus ayudantes.

—Yo ya no soy valioso.

Para demostrarlo, se levantó el casco protector. Pudieron ver su cara enrojecida y brillante; los pliegues y arrugas eran ahora surcos profundos, como cortes de navaja.

Los ayudantes comprendieron, aunque sabían que ellos estaban también en peligro.

—Yo le acompaño, doctor —dijo resuelto uno de ellos.

—No. Vosotros tenéis que sacar la bomba, limpiarla e introducirla en la nave. No os oculto que también estáis marcados por la muerte. La radiación ha sido excesiva para todos, pero sois más jóvenes y podéis durar más. Suerte, muchachos.

Dicho esto, abrió la puerta y una oleada de calor invadió sus

cuerpos protegidos por los trajes que resultaban insuficientes.

El doctor Livingstone, resuelto, se acercó a la bomba colocada sobre la camilla. Comprobó por sí mismo los cierres y la empujó hacia el exterior pidiendo:

—¡Cerrad la puerta!

La puerta se cerró, dejándole dentro y el doctor Livingstone se volvió hacia la pila. Comprobó que los cristales estaban bien cerrados y después, sintiendo que las fuerzas le fallaban, bajó la gran tapa. El plomo fundido aisló el interior del exterior. Tambaleante ya, cogió las llaves y ajustó las tuercas de seguridad. Volcó sobre ellas una pasta que semejaba cemento, ocultándolas y protegiéndolas, y cayó al suelo.

Clavó sus rodillas pero alzó la cabeza para mirar. Las palancas que cortaban y daban el fluido eléctrico debían ser accionadas.

Sentía que hasta sus huesos quemaban. Era un ardor interior inaguantable, como si se estuviera abrasando vivo a fuego lento.

Buscó fuerzas dentro de sí. Sabía que si entraba alguien más en aquella sala, moriría también. La temperatura era insoportable pese al traje de protección y la radiación bastaba para matar en cuestión de minutos.

Consiguió levantarse y apoyándose en las paredes, quitó la placa del circuito eléctrico de emergencia y sólo quedaron unos pilotos de seguridad. Luego, la gran palanca que accionaría el circuito eléctrico de la pila nuclear fue subida hasta hacerla entrar en contacto y se produjo un gran chispazo. Todas las luces del refugio se encendieron.

El doctor Livingstone cayó al suelo sentado contra la pared y allí, quedó quieto.

Su piel ya no era rojiza brillante, sino gris, oscura y mate. Había muerto abrasado hasta el tuétano de sus huesos.

CAPÍTULO VII

Desde la sala de control del almacén de cartuchos energéticos no fue difícil controlar todo el sistema de alarma y apertura de puertas. Cortaron el ulular de la sirena y abrieron las grandes puertas del almacén principal, con lo que el atom-hover-craft de carga entró sin dificultad.

Entre Kavarini y McFaber abrieron la tapa del pozo. El propio Sthenos Xacman centró la grúa sobre el pozo y luego descendió el gancho pinza.

El cable se deslizó con suavidad hacia el interior del pozo hasta que en el panel que Xacman tenía delante se encendió una luz roja. Xacman pulsó varios botones de un teclado y se iluminó otro piloto rojo.

Sthenos puso nuevamente en marcha el motor y el cable se tensó. El propio atom-hover-craft, detenido sobre el suelo de hormigón, se balanceó ligeramente a causa de la resistencia con que se encontraba el cable de la grúa.

Xacman tocó varios botones y el vehículo de transporte se niveló mediante unas patas que aparecieron por sus costados, dándole estabilidad. Volvió a poner en marcha la grúa y el cable se enrolló lentamente en el carrete.

El cartucho de energía, guardado dentro de los pozos de

seguridad, construidos a base de aleaciones de acero y revestido de hormigón, apareció al fin en la superficie.

Todos observaron con gran interés el cartucho herméticamente cerrado. Aquel cartucho, debidamente protegido, contenía la materia energética suficiente para que la nave espacial pudiera viajar a la Luna y volver, sin problemas.

Su volumen no era excesivo, tendría unos cuatro metros de largo por dos de diámetro. En todo ello iba incluido el blindaje de protección que no debía ser abierto bajo ningún concepto. Aquellos cartuchos quedaban dispuestos para ser empleados con sólo conectarlos debidamente.

La grúa giró noventa grados y el cartucho quedó colocado sobre la caja del vehículo-transporte. Descendió lentamente y el cartucho fue debidamente situado.

—Vamos, hay que sujetarlo con los cables —pidió Sthenos.

Cuando el cartucho estuvo bien asegurado, Sthenos sacó el vehículo del almacén y ordenó:

—Ahora hay que cerrar las puertas y conectar otra vez la alarma. Kavarini observó:

—La puerta que abrimos quedará tal como la hemos dejado.

—No del todo; la levantaremos *y* le daremos unos puntos de soldadura. Si alguien quiere pasar a través de ella tendrá que emplear el soplete y no creo que los locos usen soplete y tampoco las alimañas. Hay que dejar este almacén perfectamente cerrado; si todo sale bien, la energía aquí almacenada en el futuro nos será imprescindible para reconstruir todo lo que ahora estamos perdiendo en los incendios.

Trabajaron en la puerta mientras enrollaban la tienda de campaña que les protegía del flujo lunar. Soldaron la puerta impidiendo la entrada de locos y alimañas y después, montando en sus respectivos vehículos, se dispusieron a abandonar el almacén de cartuchos energéticos.

—Escuchadme bien —les habló Xacman a través del telecomunicador—. Ahora, el viaje será más lento debido al peso que llevamos. Hemos de comenzar a recorrer camino, ganaremos tres horas en el día de hoy. Esta noche la pasaremos junto a Cheyenne y mañana reanudaremos viaje. Al anochecer, si todo va bien, habremos

arribado al refugio de México.

Sthenos Xacman cerró el telecomunicador y se puso en marcha.

—Me preocupa McFaber —comentó Sthenos en voz alta. A su lado, Helga preguntó;

—¿Por alguna razón?

—No estoy seguro, pero se expuso a las radiaciones de la Luna. No es que forzosamente tenga que sucederle algo desagradable, nosotros estuvimos expuestos a las radiaciones lunares y no enfermamos. Nuestros cerebros, por el momento, parecen funcionar bien.

—Ahora que recuerdo, yo le vi salir de la tienda por la noche.

—¿A McFaber?

—Sí; me dijo que había ido a realizar necesidades Fisiológicas.

—Es posible, pero habrá que vigilarle.

—¿Temes que se vuelva loco?

—En este momento, si alguno del grupo tiene posibilidades de enloquecer es McFaber, pero no se lo digas a los demás.

—De acuerdo, Sthenos, no diré nada y si veo algo anormal, te lo advertiré.

Por pistas de segundo orden descendieron hacia el sur en busca de la autopista continental y cuando la encontraron, prosiguieron viaje siempre en dirección sur. Era ya por la tarde y no podrían avanzar demasiado. La velocidad de crucero se veía reducida sensiblemente por la lentitud del vehículo-transporte cargado con el cartucho energético; sin embargo, gracias a la autopista antigravitatoria, aumentaron velocidad. La seguridad también había mejorado y el vehículo pilotado por McFaber avanzaba sin problemas.

Sthenos Xacman guardaba una distancia prudencial delante de él; lo observaba con la telecámara y le veía bien, sin que McFaber efectuara maniobras extrañas.

—Creo que he recelado en exceso de McFaber —opinó Xacman con sinceridad. Helga le tranquilizó:

—Todo irá bien, ya lo verás. McFaber es un ingeniero, no un miliciano, y las órdenes no se las toma tan a rajatabla como tú.

Todo marchaba perfectamente hasta que en la pantalla de radar del vehículo de Sthenos Xacman apareció un obstáculo que cruzaba la autopista de parte a parte.

—Qué raro. Cuando pasamos por aquí no había un obstáculo tan grande... Helga inquirió:

—¿Qué puede ser?

—Pronto lo sabremos.

Sthenos dirigió el objetivo de la telecámara hacia el infinito de la autopista y en pantalla no tardó en aparecer una masa que, regulando la lente del teleobjetivo, se clarificó.

—Es gente, Sthenos, gente.

—Locos... Una horda de locos de Cheyenne ha invadido la autopista.

—¿Qué haremos?

—No podemos detenernos.

—Pero, están delante —observó Helga.

Xacman abrió el telecomunicador y habló a través el micrófono:

—Atención, os habla Xacman. ¿Me escucháis?

—Aquí Karavini, te oigo bien.

—McFaber a la escucha...

—Tenemos en la autopista una horda de locos —anunció Sthenos—. Colocaos en línea tras de mí. Abriré una brecha en esa gente y pasaremos sin disminuir la velocidad.

—Karavini, comprendido.

—McFaber, comprendido.

Xacman pulsó un botón y del faro de su vehículo brotó un rayo ramificado que se prolongó hacia el infinito con un gran estruendo.

El rayo pasó por encima de las cabezas de la horda de locos que se aterró y convulsionó histérica, corriendo en todas direcciones. Tras ellos, algo estaba ardiendo.

El atom-hover-craft pilotado por Sthenos llegó a su altura cuando ya el terror había abierto un boquete, mas varios cuerpos saltaron despedidos por la embestida del vehículo. Incluso, la convulsión ecólica que producía a su paso hizo caer a cuantos se hallaban cerca. Vieron como un vehículo ardía, mas no se detuvieron y tras ellos, el atom-hover-craft de carga y el de Karavini (que cerraba la marcha) cruzaron también a través de la horda de locos agresivos.

Un buen número de cuerpos quedaron tendidos en la autopista. Habían hallado la muerte como tantos y tantos cada día a causa de aquella locura agresiva.

—No me gusta lo que ha sucedido, pero no había otro remedio. De nosotros depende que esta plaga de locura se corte de una vez.

Al sur de Cheyenne, en el estado de Wyoming, buscaron un lugar apropiado y se salieron de la autopista. Se acercaron a un bosquecillo y escogieron un árbol en el que poder sujetar el techo de la tienda aislante para protegerse durante las horas nocturnas del maligno flujo lunar.

La noche fue tranquila. Sthenos dio la primera guardia a McFaber y éste la realizó sin problemas. Xacman le vigiló haciéndose el dormido, mas nada sucedió.

Al día siguiente, entre Helga y Andrea prepararon un copioso desayuno. Los hombres recogieron la tienda aislante y después de desayunar prosiguieron el largo viaje en dirección sur.

El regreso se efectuaba a algo más de la mitad de la velocidad empleada para la ida; ello motivaba que el viaje resultara más largo y monótono.

Al atardecer de aquella cuarta jornada viaje, adelantándose a lo previsto, arribaron frente al refugio antinuclear. La voz que semejaba brotar de entre las piedras les recibió:

—¡Deténganse e identifíquense!

—Soy el capitán Sthenos Xacman. Regresamos de la misión de Manitoba.

—Capitán Xacman, le habla el general Volenkov.

—Le escucho, general.

—Prepárense para pasar la noche fuera del refugio. Utilicen la tienda aislante y no se acerquen a la boca de entrada.

—¿Qué ocurre, general?

—Dentro del refugio, debido a un accidente fortuito, tenemos radiactividad. Todos estamos tocados en mayor o menor grado y el doctor Livingstone murió.

—General, ¿la situación es desesperada?

—Para ustedes, no; para nosotros, ya no importa. Sacaremos la nave que ya está justo en la salida. Trabajaremos durante la noche y por la mañana podrán hacerse cargo de la nave y partir hacia la Luna.

—General, si trabajan por la noche *se* expondrán.

—Ya no importa; abandonaremos el refugio.

—Eso será un suicidio, general.

—Más suicidio será si nos quedamos dentro con la radiactividad aquí acumulada. Confiamos en ustedes.

—General, todo no puede estar perdido —exclamó Helga, interviniendo.

—Todo, no, pero puede estarlo si no obedecen las instrucciones. Pasen la noche fuera y oigan lo que oigan, no abandonen su refugio. Al amanecer, tomen la nave que estará lista y partan hacia la Luna. El proyecto Phenix llegará a su fin cuando el flujo de radiación enloquecedora que nos envía la Luna sea cortado. No olviden que ustedes deben regresar en perfecto estado, el futuro les necesita. Suerte, son la semilla escogida de nuestra corrompida civilización. La cosecha debe volver a sembrarse para que nazca una nueva era.

Las tres parejas escucharon sobrecogidas las trascendentales palabras del general Volenkov. Contuvieron su emoción comprendiendo que vivían momentos decisivos para la supervivencia de la civilización terrícola.

Y tal como había anunciado el general Volenkov, el futuro de la especie humana estaba en sus manos, no podían fallar.

CAPÍTULO VIII

Pasaron la noche en la tienda de aislamiento, aunque no era seguro totalmente que aquella tela gruesa y pesadísima pudiera protegerles del flujo maligno de las radiaciones lunares.

Escucharon los ruidos producidos por el trasiego de la extracción de la nave espacial del interior del refugio tras recorrer el largo túnel descendente que para la nave acababa de ser ascendente.

Sólo gracias a la potencia de los tractores que jalaron de la nave con cables, pudieron salir a la superficie y muy justamente, ya que la nave había sido construida en razón a la amplitud del hueco del túnel, dejando sólo unas pocas pulgadas de margen.

La nave carecía de energía propia, es decir, sólo poseía unas minibaterías para tener luz interna en caso de emergencia, nada más. No podía funcionar por sí misma.

La extracción de la nave del refugio había sido como un parto muy laborioso. Abajo, en las entrañas de la Tierra, en su vientre siempre caliente, por encima de los treinta y tres grados Celsius, había sido creada y mimada y ahora nacía a la luz de la Luna como un parto cualquiera, como millones de partos que tenían lugar de madrugada, cuando el bajo vientre materno se abría para dar paso a una nueva vida que aún carecía de energía propia para subsistir, pero que no

tardaría en poseerla.

Sthenos Xacman no había previsto guardia para aquella noche. Había pedido que todos durmieran el máximo para hallarse descansados al día siguiente, mas él no pudo conciliar el sueño, agitado por infinidad de pensamientos.

Pensó en el doctor Livingstone, que había muerto tratando de preparar la potentísima bomba nuclear, en la radiactividad que había atacado a cuantos se hallaban en el refugio de un forma u otra y que hallarían la muerte por cáncer antes o después.

Aquellos héroes trabajaban ahora a la luz de la Luna, exponiéndose a enloquecer también, y todo para que tres parejas pudieran acercarse a la Luna, atacarla y regresar.

Ellos serían la semilla de un mundo que no se había resignado a morir, una civilización que luchaba desesperadamente por supervivir.

Oyó las voces con claridad, el ruido de las rocas al ser desplazadas, el silbido de los motores de los vehículos que movían la nave espacial que, vista junto al resto de los vehículos debía verse gigantesca, aunque comparada con las naves que había pilotado Sthenos Xacman en sus viajes espaciales no lo fuera tanto, sino más bien pequeña.

—Sthenos...

—¿Sí, Helga?

—¿Es ya de día? —preguntó la muchacha a su lado, en voz baja para no despertar a los demás.

En el interior de la tienda de campaña, fabricada con gruesa tela especial, no podían ver ninguna claridad exterior aunque brillara el sol en su máxima intensidad.

—No, todavía falta un poco.

—Sólo media hora —dijo Karavini, que pese a tener los párpados cerrados les había estado escuchando.

—Entonces, podemos preparar el desayuno y cuando salgamos de la tienda ya estaremos listos —propuso Helga.

—De acuerdo.

Nicole, sentándose sobre la colchoneta, se ofreció:

—Yo prepararé el café.

Xacman sonrió. Al parecer, pese a estar todos quietos, nadie había dormido en aquella noche preñada de intensas emociones e inquietudes. Era la víspera del gran viaje, un viaje del que a toda costa debían regresar.

Se levantaron y desayunaron, a la espera de que la Luna desapareciera.

No siempre que era de día la Luna quedaba en la cara oscura de la Tierra; podía estar en el firmamento y no resultar visible a causa de la luz solar, mas ése no era el caso en aquellos momentos. Se habían hecho los cálculos precisos y Sthenos sabía bien cuándo la Luna desaparecería por el horizonte y dejaría de ejercer su maléfica influencia.

Consultó su reloj una vez más y dijo:

—Ahora.

Abrieron la puerta de la tienda. Fuera, hacía un día espléndido y la nave espacial apareció rutilante ante ellos; semejaba casi un ser vivo. Tenía las alas desplegadas, lo mismo en el timón de cola que las alas grandes en forma de delta telescópica.

Cuantos habían trabajado en el interior del refugio estaban allí, esperando en fila. El general Volenkov se hallaba al frente del grupo y uno de los ayudantes del doctor Livingstone hacía ondear la bandera de la Confederación Terrícola.

Todos sintieron en sus gargantas la emoción del momento. Unos hombres que se sacrificaban por la supervivencia de sus semejantes, unos hombres que habían trabajado hasta el último momento, aguardaban allí para presenciar el despegue de la nave espacial construida por ellos mismos.

—General, ¿cómo se encuentran? —inquirió Sthenos, acercándoseles sin prisas, con seguridad, sin titubeos.

—Por nosotros no os preocupéis. Hemos cumplido ya nuestra labor y ahora os toca a vosotros.

—¿Y cuando regresemos, general?

—Muchacho, cuando volváis, y deseo ardientemente que así sea, escondeos durante un par de meses en alguna granja hasta que la locura pase. Luego, empezad a reconstruir.

—¿Y ustedes?

—Cada uno de nosotros también trabajará, esté donde esté, pero la radiactividad ya nos ha marcado y no podemos ser un obstáculo para vosotros. Tenéis unas ciudades semidestruidas, pero habrá mucho que aprovechar, no os faltarán alimentos. Podréis dedicaros a la repoblación general. Ya sabéis dónde hay cartuchos de energía para construir pilas atómicas que os faciliten la energía necesaria para cuanto emprendáis. Abrid todos los parques zoológicos del mundo y que los animales se reproduzcan. De esta forma, dentro de tres o cuatro generaciones, cuando haya muy poca gente viva y sana en el planeta, la fauna y la flora se habrán reproducido de una forma que sorprenderá y devolverá el verdadero aspecto de un planeta virgen a nuestro viejo mundo.

—Creo que habrá cuerdos que aparecerán por todas partes del globo.

—Dejad que vayan saliendo y de cuando en cuando, vocead vuestra presencia mediante macroaltavoces, así conseguiréis agruparos.

—Llevaremos adelante el proyecto Phenix, general.

—Eso espero. Confío en vosotros; y ahora tenéis que partir, no se puede perder ni una hora.

—Cargaremos el cartucho energético.

—Ya lo hemos cargado nosotros. Tenéis la nave dispuesta para el despegue.

El grupo compuesto por las tres parejas, pese a que dos de las muchachas y McFaber no eran milicianos regulares, saludaron como tales al grupo de mujeres y hombres que habían construido la nave espacial.

El general Volenkov respondió al saludo militar y los demás le imitaron, llenos de emoción. Fue la garganta del general la que comenzó a entonar el himno de la Confederación Terrícola en aquella fresca amanecida donde se deslizaba una brisa suave y agradable.

Las tres parejas se dirigieron a la escalerilla. Treparon por ella y se internaron en la nave.

Kavarini se encargó de cerrar la portezuela mientras la escalerilla retráctil se escondía.

—Tomad asiento y sujetaos los atalajes de seguridad —pidió Xacman, tomando el mando como comandante de la nave espacial.

—¿Ha sido probada ya? —inquirió Kavarini.

—En acción, no —respondió Sthenos—. Tendremos que arriesgarnos, no hay otra posibilidad, aunque supongo que habrán comprobado la fiabilidad de las presurizaciones y la efectividad de los circuitos electrónicos.

La forma de la nave en nada recordaba a los primitivos cohetes «Saturno» que enviaban al espacio las naves del proyecto «Apolo».

—Voy a poner en marcha los motores —advirtió Xacman.

La nave comenzó a temblar ligeramente mientras se escuchaba un suave silbido. Después, avanzó muy despacio, a cinco millas por hora, mientras abajo flameaba la bandera de la Confederación Terrícola. Unas gargantas emocionadas proseguían cantando el himno confederado, un himno que unía a todos los seres del planeta, fueran cuales fueren sus creencias, sus ideas políticas, su raza o su procedencia.

Poco a poco, los sacrificados que quedaban en la Tierra, mordidos por la radiactividad y también por los malignos influjos lunares, fueron quedando atrás.

La nave adquirió velocidad pendiente abajo, sin tocar el suelo. Cuando la velocidad fue suficiente, Sthenos elevó el morro y dejó de ir hacia abajo para elevarse, efectuando un ángulo de vértice romo de ciento diez grados.

Se encaró con el firmamento que se ofrecía límpido y transparente ante ellos, mientras un sol rojo se alzaba somnoliento por el horizonte.

Los seis, pese a estar bien sujetos a las butacas anatómicas, no tardaron en sentir los síntomas de la aceleración. Sin embargo, la nave no ascendía en perpendicular a la corteza terrestre, sino en forma tangencial y en dirección al sentido del movimiento elíptico de la

Luna para prolongar al máximo la interposición de la Tierra entre la Luna y la nave.

Rebasaron la estratosfera, pasando a la ionosfera.

Poniendo proa al cielo tachonado de miríadas de estrellas, Sthenos dio la máxima potencia a la nave para obtener el impulso que desde un principio les daría la velocidad de crucero para surcar el espacio.

Sthenos conectó la gravedad artificial dentro de la nave y comprobó la velocidad de alejamiento de la Tierra, punto de referencia para conocer la velocidad conseguida con el impulso. Le pareció aceptable y desconectó los motores; la nave comenzó a viajar casi silenciosamente, adquirida ya la velocidad.

—Todo funciona bien —observó Xacman—. Parece que han construido una buena nave.

—Por mi parte, no hay ningún peligro —advirtió McFaber.

Andrea comprobó a su vez el panel que ella debía controlar y dijo:

—Aquí también va todo perfecto.

—Rebasaremos la elipse de la Luna y a unas cincuenta mil millas daremos la vuelta. Si los obstáculos del computador no fallan, llegaremos perfectamente a la cara opuesta de la Luna.

Todos asintieron. Sthenos era muy experto en navegación espacial; no obstante, todo estaba saliendo tan bien, con tanta fluidez, que después de los problemas pasados, a Xacman le preocupó.

—Tendríamos que bajar a comprobar el estado de la bomba nuclear que llevamos a bordo —dijo.

—Yo iré —se ofreció McFaber.

—Yo le acompaño —observó Nicole.

Sthenos comprendió que la pareja no había tenido tiempo de sentirse a solas; desearían estar juntos aunque fuera sólo unos minutos y aprobó:

—De acuerdo, pero no toquéis nada sin un motivo concreto. Todo debe estar ya controlado por los hombres del general Volenkov.

Los satélites artificiales que giraban en torno a la Tierra permanecían mudos. Xacman estaba seguro de que en algunos de ellos sólo viajarían cadáveres, la locura los había enmudecido a todos.

Horribles tragedias debían haberse desarrollado a bordo de cada uno de los ingenios espaciales tripulados. Pensaba en ello cuando llegó claramente hasta sus oídos el grito aterrorizado de una mujer.

La tragedia también podía alcanzarles a ellos ahora, haciendo fracasar el proyecto Phenix.

CAPÍTULO IX

Helga había palidecido intensamente y apenas sin voz, preguntó:

—¿Qué ha sido eso? Andrea respondió:

—Es Nicole.

—¡Abajo! —indicó Kavarini.

—No, no os mováis —pidió Sthenos, temiendo lo peor.

Avanzó resuelto hacia la escalerilla de caracol que iba a descenderle hasta la bodega de la nave, donde se hallaba colocada la bomba nuclear.

Escuchó claramente una risa psicopática, una risa estúpida y agresiva a la vez. Comprendió lo que acababa de ocurrir.

El rostro de McFaber se había transformado bruscamente, como viera transformarse otros rostros en el rápido paso de la cordura a la demencia. Algo maligno debía haber estallado dentro del cráneo de McFaber, que tenía la boca medio abierta y unos hilillos de baba se deslizaban por sus comisuras mientras conservaba unas pupilas fijas, terriblemente fijas, en las que se reflejaba el rostro de Xacman.

Nicole estaba allí, con los ojos también abiertos, pero ya vidriosos. De su boca escapaba un hilo de sangre. Su cabeza se hallaba

torcida, de tal forma que se veía en seguida que tenía el cuello roto.

—¿Qué has hecho, McFaber? —preguntó Xacman, más para sí mismo que realmente interrogando al demente.

McFaber estalló en un violentísima carcajada. Xacman sintió tras de sí unos pasos bajando por los peldaños metálicos de la escalerilla de caracol.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Kavarini, sin acabar de descender.

—Nicole está muerta.

Xacman acababa de responder a Kavarini cuando McFaber se abalanzó sobre ellos con intenciones evidentemente agresivas. Su mente, desequilibrada, sólo deseaba destruir y muy cerca de él estaba la bomba nuclear con todo el sistema de detonación montado.

Sthenos Xacman recibió la embestida y replicó con un fuerte patadón de su bota, que dio en el pecho a McFaber, enviándolo hacia atrás. McFaber, al caer, pasó su brazo por encima de la bomba y accionó un resorte que hizo que se encendiera un piloto rojo en la propia bomba de veinte mil megatones de potencia.

—¡Xacman, le voy a...!

—¡No, Kavarini! —Le arrebató el flash-fusil de las manos—. Si disparas aquí dentro, nos desintegraremos en el espacio.

—¿Y cómo lo sujetaremos?

—No hay otra solución que la muerte.

—Pero es muy peligroso —gruñó el médico.

—Es su muerte o la nuestra, la de toda la civilización.

Teniendo la bomba entre ambos, McFaber y Xacman se enfrentaron.

Xacman era la razón, la cordura, la frialdad en sus movimientos; McFaber, la locura, la agresividad y la potencia muscular. Xacman sabía muy bien que no podría mantenerlo sujeto y que tampoco iba a servir de nada reducirlo ni maniatarlo. McFaber, descompuesto ya su cerebro, no tenía posibilidades de salvación; había matado y volvería a hacerlo.

McFaber quiso saltar sobre Xacman, pasando por encima de la bomba que tenía el piloto rojo encendido, advirtiendo de su más alta peligrosidad.

Xacman le asestó un duro puñetazo en la boca, volviendo a lanzar a McFaber hacia atrás. Aprovechó para rodear la bomba y lanzarse sobre el loco que había dejado de ser su compañero para convertirse en su enemigo mortal.

Se enzarzaron en una lucha feroz dentro de la nave.

Kavarini, con el flash-fusil en las manos, no sabía qué hacer, sufría y vacilaba.

Vio cómo McFaber trataba de hundir las uñas en los ojos de Sthenos, el cual se sacudió de encima aquellas manos asesinas, pero no resultaba fácil apresar a un loco que se movía aparatosamente, como las aspas de un molino en día de tormenta.

Al fin, le cogió por la espalda, haciéndole una presa en el cuello. Apoyó su rodilla entre las vértebras de McFaber que espumeaba de rabia y ya había dejado marcados sus zarpazos en el rostro de Xacman.

Este dio un fuerte empujón hacia delante con la rodilla, al tiempo que echaba la cabeza del demente hacia atrás.

«Crash…»

Kavarini sabía muy bien lo que acababa de ocurrir, no en vano era médico. Sthenos había roto la base del cuello al asesino de Nicole.

Despacio, muy despacio, con sangre en el rostro y en los dorsos de las manos, Xacman musitó, profundamente cansado:

—No podía hacer otra cosa…

—Sí, todos lo sabemos —admitió Kavarini, bajando hasta la bodega. Tras él, descendieron Andrea y Helga.

—Sabíamos que ocurriría esto —se lamentó Helga—. McFaber se expuso al flujo de las radiaciones de la Luna.

—Sí, temía que pudiera pasar esto, pero siempre quedaba la esperanza de que resistiera.

Andrea miró los dos cadáveres y preguntó:

—¿Qué haremos con ellos?

—No pueden viajar con nosotros —dijo Xacman, colocando en su lugar el resorte de la bomba. El piloto rojo se apagó.

Dos horas más tarde, Sthenos Xacman se hallaba vestido con el traje de supervivencia espacial. Se había situado en la cámara de despresurización y junto a él estaban los dos cadáveres. Kavarini se había cuidado de cerrarles los ojos y Xacman de atarles las muñecas, la diestra de McFaber a la zurda de Nicole.

Los observó durante unos instantes y después pulsó el botón. La puerta se abrió lentamente y a través del yelmo de su traje espacial, Sthenos contempló las estrellas, las miríadas de puntos luminosos que todo lo manchaban. Allí se sentía hasta en la médula de los huesos la sensación de soledad infinita.

Cogió los cadáveres que no pesaban, pues en aquella cámara no había gravedad artificial, y los empujó al máximo, siempre cogido él al cordón de seguridad.

Era extraño y patético ver a la pareja cogida de la mano, flotando en el espacio.

Xacman los soltó y estirando del cordón de seguridad, regresó al interior de la nave.

Ya dentro, se volvió para ver a McFaber y a Nicole que cada vez se alejaban más y más de la nave, viajando hacia el infinito y a la misma velocidad que llevaba la propia nave.

Cogidos de la mano, se alejarían del planeta Tierra hasta rebasar los límites del sistema solar y quizá, si un meteorito errante no los atrapaba de lleno con su masa, arribarían al final de la galaxia para entrar en otra, condenados a viajar eternamente.

Cerró la puerta y presurizó la cámara.

Ya con luz verde, pasó al interior de la nave y se quitó el traje de supervivencia.

Kavarini, Andrea y Helga le aguardaban. Ellos, a través del cristal, también habían visto alejarse a la pareja.

—Hay que proseguir viaje —suspiró Sthenos.

Y conectó el hilo musical, haciendo sonar la Novena Sinfonía, la última que compusiera el genial Beethoven.

Pasaron horas y horas.

Rebasaron la elipse lunar y regresaron, descubriendo al fin la Luna. Se aproximaron a ella por su cara oculta, muy lejos de las influencias que podían escapar del torio aerolítico.

—No detecto signos de vida —objetó Kavarini.

Andrea puso en marcha la telecámara y en pantalla comenzó a aparecer la superficie del satélite, árida, estéril, sólo apta para colonias mineras.

—¡Mirad, mirad! —pidió Andrea, señalando la pantalla mientras trataba de afinar el enfoque de la telecámara.

Pudieron ver una colonia minera, obviamente destruida por algún siniestro.

—Aquí deben haber sufrido también el ataque vandálico de los locos —observó Kavarini.

—Sí, no cabe duda —admitió Xacman.

—¿Serán ellos los culpables de lo ocurrido? Me refiero a los selenitas.

—Creo que no lo sabremos jamás —opinó Xacman—. Insistiremos con llamadas a las bases de la Luna y después dispararemos la bomba.

Fueron inútiles las insistentes llamadas, la Luna no respondió. Todo en ella estaba muerto. ¿Habría sido todo una maniobra de los hijos de la Luna, habría sido un desgraciado accidente? Ya no se sabría jamás el porqué de las radiaciones del torio aerolítico.

La computadora de la nave facilitó los datos concretos mientras la bomba se deslizaba hacia el tubo de disparo en forma automática.

—Sujetaos bien a las butacas, no sé lo que pasará —advirtió Xacman. Tras dar una ojeada a sus compañeros, comenzó la cuenta atrás.

—Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero… ¡Fuego!

Pulsó el botón de seguridad y la bomba salió con propulsión propia en dirección a su objetivo mientras la nave se mantenía en la cara opuesta de la Luna, girando en círculo por la acción de los cohetes laterales.

Todo comenzó con un rumor que se hizo más y más fuerte, un rumor que llegó claramente hasta ellos.

Miraron hacia la pantalla, pues Sthenos había cerrado los cristales con los paneles de protección, y vieron una gran luminosidad. Era como si de pronto un sol se hubiera colocado detrás de la Luna. Desde el planeta Tierra podrían ver aquella luz cegadora mientras toda la corteza lunar se convulsionaba.

Cráteres gigantescos desaparecían y las rocas giraban sobre la superficie que se agrietaba y se cerraba. El satélite vibró por entero y Xacman tuvo la impresión de que se iba a romper en millares de pedazos, transformándose en una nube de meteoritos.

Mas, la Luna resistió y la cegadora luz fue decreciendo en intensidad, aunque el calor duraría mucho tiempo. Seguramente, grandes extensiones de rocas se habrían transformado en un mar hirviente de materias fundidas que cubrirían el territorio aerolítico.

Xacman suspiró y anunció:

—Podemos regresar a casa.

—¿No habrá más radiaciones? —preguntó Andrea.

—No, no creo. Ahora ha de comenzar la ingente tarea de reconstrucción y repoblación. Somos dos parejas, no creo que seamos las únicas del planeta Tierra, pero, por si acaso, será bueno que tengamos muchos hijos…

Helga sonrió y le abrazó, estrechándose contra él.

Andrea y Kavarini se besaron con intensidad, parecían tener prisa por comenzar la gran labor de repoblación.

Los cuatro, al darse cuenta de lo que estaban haciendo, se echaron a reír y después se separaron en cámaras distintas.

Y prosiguieron con su agradable labor, la labor que en aquellos instantes más importaba a los cuatro…

F I N

